
BRUGUERA
BOLSILIBROS
TERROR
Selección TERROR
Ralph Barby
ESCOGIDAS PARA EL CEREMONIAL


SELECCION
TERROR

RALPH BARBY

ESCOGIDAS PARA EL CEREMONIAL

Colección SELECCION TERROR n.° 591
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

ENCONTRARA OBRAS DE ESTE MISMO AUTOR EN LAS COLECCIONES DE EDITORIAL BRUGUERA, S. A. QUE SE DETALLAN A CONTINUACION:

Servicio Secreto Punto Rojo Bisonte Serie Roja Selección Terror La Conquista del Espacio

ISBN 84 02 02506 4 Depósito legal: B. 28.387 1984 Impreso en España Printed in Spain

1ª edición en España: noviembre, 1984
1ª edición en América: mayo. 1985

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S. A. Camps y Fabrés, 5. 08006 Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del Vallés
(N 152, Km 21,650) Barcelona 1984

CAPITULO PRIMERO

Folie, Justine y Perle eran tres muchachas bulliciosas. A distancia, parecidas entre sí, y de cerca muy distintas, pero las tres amaban la vida apasionadamente.

Gustaban de ver y oír últimos vídeos musicales. Habían pasado un buen número de horas del día estudiando en el liceo, y al atardecer habían ido al gimnasio para una sesión de aerobic en grupo, gimnasia musical que las estimulaba.

Verlas a ellas era ver a la juventud en su más brillante esplendor. Cabellos sueltos, lacios y rubio oscuros en Folie; negros y llenos de ricitos los de Justine, y rubio claro y muy cortitos los de Perle.

Vestían anoracs, a excepción de Folie que llevaba una cazadora de piel negra.

Las tres quedaron como fascinadas ante el cartel que anunciaba al mago Tnan.

En el póster multicolor podía verse a un hombre elegantemente vestido de frac. En la solapa lucía una flor roja y cubría parte de su rostro con un ancho antifaz rojo brillante.

No llevaba barba, pero sí un bigote algo rizado y largo que se unía a las patillas recortadas en forma de hacha.

—La entrada cuesta diez francos —advirtió Perle.

—A mí me gustaría entrar, estas cosas me apasionan —dijo Justine.

Folie añadió:

—A mí hay cosas que me preocupan, y prefiero no participar en ellas.

—Bah, si es un mago de feria —opinó Perle.

Folie clavó sus ojos verdosos en el rostro del mago que aparecía en el cartel.

—No me gusta.

—Eso es cosa del dibujante del cartel, tiene que impresionar.

—Yo prefiero irme a mi casa; he de repasar los apuntes de hoy —manifestó Folie.

—Yo tengo los diez francos —dijo Perle.

—Si yo los tuviera… —se lamentó Justine.

—¿Cuántos tienes? —preguntó Perle.

—Sólo tres, estoy muy pobre.

—Gastas demasiado en tabaco —le reprochó Perle.

Folie se ofreció:

—Yo puedo dejarte los siete que te faltan si tanto te interesa.

—¡Eres un ángel! —exclamó Justine.

Folie le dio los siete francos, deseándoles:

—Que os divirtáis.

Perle y Justine se dirigieron rápidamente hacia la taquilla. La sesión en la que participaba el mago estaba a punto de comenzar. Mientras tanto, estaban pasando un corto cinematográfico.

La sala podía considerarse pequeña. Aquel teatrito se había levantado en el esplendor de la monarquía, antes del nacimiento de la guillotina.

Había entrado en decadencia para terminar siendo una sala cinematográfica de barrio.

Por su escasa capacidad, se había dedicado a filmes de minorías y tampoco había tenido demasiado éxito.

El último propietario había envejecido, poniendo escaso interés en el negocio. Luego, murió y el local pasó a sus herederos, quienes no deseaban que siguiera con más pérdidas que ganancias. Por ello, ahora se dedicaba a espectáculos diversos, confiando que la suerte llevara a su pequeño y viejo escenario un espectáculo que atrajera la expectación del todo París.

Había poca gente. Las paredes, tapizadas con moqueta, estaban sucias por goteras que se habían deslizado del techo a las paredes; ni siquiera las luces de los focos conseguían disimular el deprimente ambiente.

Las dos muchachas se entretuvieron con su propio parloteo durante el entreacto, que tuvieron que soportar cuando terminó el cortometraje hasta dar comienzo la actuación del mago Tnan.

Había muchos magos de feria, teatro o salón, algunos de los cuales pasaban a los clubs nocturnos o discotecas. Destacar como tal resultaba harto difícil.

Una extraña música que debía brotar de algún instrumento musical de viento perdido en la noche de los tiempos, fue escapando por los altavoces de la sala. La fidelidad acústica no era buena, jamás lo había sido.

Las cortinas del pequeño escenario eran de color rojo oscuro, sucio también, pero el foco que las llenó de luz les dio viveza. Se abrieron a ambos lados y apareció una especie de trono en el que se hallaba sentado el mago como si fuera un monarca de carnaval, no por el impecable frac, sino por su antifaz rojo brillante.

Muchos de los que se hallaban en las butacas, posiblemente esperaban ver biombos chinos desplazados de un lugar a otro, mesas rodantes con pañuelos dispuestos para cambiar de color, mazos de naipes que se moverían solos.

—Señoras, caballeros, buenas noches, noches que van a ser inolvidables para ustedes. Yo puedo leer en su mente, escrutar en su cerebro o lo que es lo mismo, averiguarlo todo sobre su espíritu.

—¡A ver si empiezas, charlatán! —bramó un tipo que comía cacahuetes sin cáscara, cacahuetes encerrados en una bolsita de plástico coloreado.

—Tú, expresión viva de la estupidez humana, tú me obedecerás.

—¿Yo? Jo, jo, yo no…

Algunos del público rieron. Otros, siguieron con más indiferencia que otra cosa la situación creada entre el espectador y el supuesto mago.

—Será un compinche suyo —opinó Perle, cuchicheando al oído de su amiga Justine.

—A mí me parece que no.

El mago se levantó de su trono situado sobre una tarima de tres peldaños y recubierta de moqueta negra. El fondo era de cortinas azul oscuro, un azul que se avivaba allá donde daba el foco cañón que iluminaba al artista.

—Tienes hambre, mucha hambre, un hambre desesperada —sugirió al gracioso—. Ponte de pie sobre la butaca, yo te lo ordeno.

Se creó un intenso silencio en aquel momento; nadie reía ya.

El tosco espectador quedó callado, como taciturno, y ante la sorpresa de algunos, de todos no, porque había quienes esperaban que el espectador quedara sometido al magnetismo del supuesto mago, se subió sobre la butaca.

—Leo en tu mente que estás aquí refugiado porque sabes que no puedes estar en tu casa. Sí, no puedes estar porque otro hombre ocupa tu lugar en la cama, junto, encima y debajo de tu mujer. Y ella yace con él porque cobra dinero, no es por amor. Es por dinero y tú lo sabes, ¿no es cierto?

Apenas se escuchó el monosílabo que escapó de entre los labios temblorosos del hombre que guardaba en su mano la bolsa de cacahuetes sin vaina.

—Dilo más alto, que todos lo oigan. Yo no digo que sea cierto, eso has de decirlo tú; dilo, que todos te oigan.

—Sí.

—¡Más alto! —exigió.

—¡Sí!

—Muy bien —aprobó el mago con una sonrisa ante la sorpresa de todos, pues la situación era altamente ofensiva para el hombre que se hallaba de pie sobre su butaca. —¿Qué llevas en la frente? Vamos, ¿qué llevas en la frente?

—Cuernos —respondió siempre temblando, al borde de una visible congoja.

—¿Y qué hacen los que llevan cuernos?

—Muuuuuuu…

—Muy bien, muy bien, señor Muu. Puede usted comerse todos los cacahuetes de su bolsa pero de golpe; se los ha ganado por su confesión pública, y que conste que yo no le he obligado a nada. Usted no cree en mis poderes. Vamos, cómase todos los cacahuetes.

El hombre comenzó a llenarse la boca de semillas que mascaba con dificultad.

—Cuando vuelva a sentarse y se ponga cómodo, usted recordará todo, absolutamente todo lo que ha confesado públicamente. No estaría bien que le hiciese olvidar. Ahora ya puede sentarse, señor Muu.

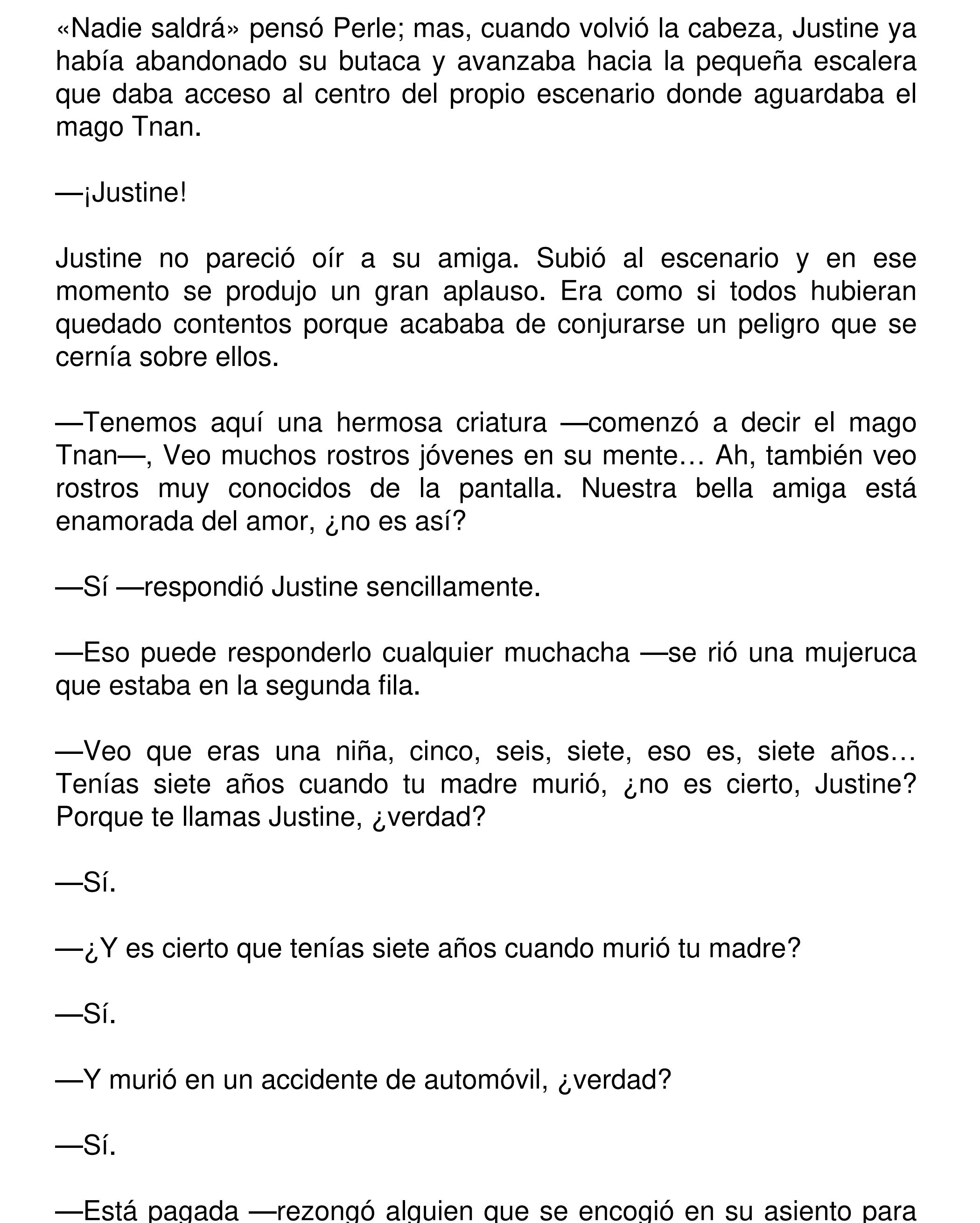
Se sentó y hubo un aplauso para el mago pese a los escépticos que podían llegar a pensar que el hombre ridiculizado era un compinche del supuesto mago. De pronto, éste comenzó a mirar a un lado y a otro. Se puso rojo, palideció después y optó por levantarse de la butaca. Con la cabeza inclinada, apresuró el paso en busca de la salida, mientras los aplausos aumentaban.

—Ruego a los espectadores que olviden lo sucedido. No es mi deseo ridiculizar a nadie descubriendo los secretos de su vida, los secretos que guarda en su mente… —La voz del supuesto mago en ocasiones se hacía muy ronca y penetrante—. Ahora, necesitaría que un voluntario subiera al escenario.

Tras la primera demostración del mago Tnan, casi todos los espectadores se encogieron en sus butacas como temiendo ser descubiertos. Nadie deseaba que los más íntimos secretos de su mente quedaran al descubierto.

—Parece que nadie tiene la valentía de subir al escenario; sin embargo, uno de ustedes subirá, subirá… No es necesario que cierren los ojos.

Extendió las manos, alargó sus dedos. Daba la impresión de estar lanzando unos rayos que nadie veía.



«Nadie saldrá» pensó Perle; mas, cuando volvió la cabeza, Justine ya había abandonado su butaca y avanzaba hacia la pequeña escalera que daba acceso al centro del propio escenario donde aguardaba el mago Tnan.

—¡Justine!

Justine no pareció oír a su amiga. Subió al escenario y en ese momento se produjo un gran aplauso. Era como si todos hubieran quedado contentos porque acababa de conjurarse un peligro que se cernía sobre ellos.

—Tenemos aquí una hermosa criatura —comenzó a decir el mago Tnan—, Veo muchos rostros jóvenes en su mente… Ah, también veo rostros muy conocidos de la pantalla. Nuestra bella amiga está enamorada del amor, ¿no es así?

—Sí —respondió Justine sencillamente.

—Eso puede responderlo cualquier muchacha —se rió una mujeruca que estaba en la segunda fila.

—Veo que eras una niña, cinco, seis, siete, eso es, siete años… Tenías siete años cuando tu madre murió, ¿no es cierto, Justine? Porque te llamas Justine, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y es cierto que tenías siete años cuando murió tu madre?

—Sí.

—Y murió en un accidente de automóvil, ¿verdad?

—Sí.

—Está pagada —rezongó alguien que se encogió en su asiento para no ser reconocido.

—El hombre que acompañaba a tu madre no era tu padre, ¿cierto?

—Sí.

—¡Ha querido decir que no! —replicó una voz anónima desde la sala.

—Tu padre se marchó a Australia, eso es lo que te dijeron, ¿verdad?

—Sí.

El mago Tnan se acercó más a Justine. Prendió su rostro entre las manos y la escrutó con sus ojos que se filtraban por el antifaz rojo brillante. En voz alta para que todos le oyeran, comenzó a decir:

—Estoy viendo en tu mente que tú sorprendiste una conversación, sí, entre tus tíos, los que te recogieron. Ellos dijeron algo que te ocultaban, dijeron que tu padre se tiró al Sena y se ahogó. No pudo soportar el abandono y la muerte de tu madre.

Justine se inclinó hacia delante y se echó a llorar.

—¡Basta! —exigió Perle, poniéndose en pie.

De pronto, el mago comenzó a hablar al oído de Justine. Fueron palabras que vertió en la oreja femenina y que sólo ellos dos pudieron oír.

—¡Justine, Justine, ven! —llamó Perle.

Justine sollozaba. Abandonó el escenario y estuvo a punto de caerse. Corrió por el pasillo entre butacas hasta llegar junto a Perle que la esperaba. Su amiga la tomó del brazo, apremiando:

—Vámonos.

Salieron de la sala. Hubo unos momentos de titubeo pero al final, se oyeron aplausos.

—Tranquilízate —pidió Perle a su amiga, cuando ya el frío de la calle dio en sus rostros.

—No sé qué me sucede, tengo ganas de llorar.

—Te prometo que no contaré nada.

—¿Nada de qué? —preguntó Justine, mirándola a la cara.

Perle quedó un tanto perpleja.

—¿De veras no te acuerdas?

—¿De qué?

—Pero, Justine, Justina, ¿no sabes por qué has llorado?

Justine se llevó los dedos a los ojos y aún los encontró húmedos.

—Pues, es cierto, he llorado.

—¿De veras no te acuerdas de nada?

—No, no me acuerdo de nada.

—Ese tipo te ha hipnotizado.

—Ni me he dado cuenta.

—Será mejor que nos vayamos. Creo que yo no tengo nada que ocultar, pero es más prudente largarse.

—Vas a tener que contarme lo que ha pasado.

—Te lo contaré mañana, ¿de acuerdo?

Las dos amigas no tardaron en separarse. Justine vivía con sus tíos, quienes le hacían de padres aunque con cierto despego. No había mucho problema familiar porque al matrimonio no le faltaba dinero y, por otra parte, ellos, como tutores, controlaban la herencia que Justine había recibido de sus padres y que no pasaría totalmente a sus manos hasta que alcanzara la mayoría de edad.

Después de cenar, Justine se encerró en su cuarto como era habitual y comenzó a estudiar.

De pronto, cuando se hallaba releyendo la lección en sus apuntes, tuvo la necesidad imperiosa de mirar su reloj.

—Las once treinta.

Se levantó de la silla. Tomó un anorac azul oscuro, se cubrió con él y apagó la luz.

Sigilosamente, sin hacer ruido, como una sombra en la noche, abrió la puerta de la casa.

Cerró del mismo modo, utilizando la llave para aminorar el golpe de cierre.

La calle estaba solitaria. Algunos vehículos pasaban rápidamente entre los que estaban estacionados. No podía decirse que fuera de madrugada, pero París ya dormía, a excepción del noctámbulo Pigalle. En la gran ciudad, la noche era peligrosa.

La delincuencia era más que abundante. Las patrullas rodantes de la policía luchaban en el asfalto nocturno, pero era una lucha difícil y las bajas humanas podían contarse por noche.

Justine aceleró el paso. Tenía que llegar. Si le hubieran preguntado, no habría sabido responder adónde, pero tenía que llegar, por eso caminaba aprisa con sus piernas de muchacha.

Un automóvil pasó muy cerca de ella cuando cruzaba una calle. Tuvo la impresión de que varios jóvenes, con aspecto de delincuentes, iban dentro del coche, como a la caza de alguna presa.

Justine se alejó corriendo por la acera siguiente. El coche había entrado por una calle lateral y cuando creía haberlo perdido, vio que reaparecía, buscándola, después de dar la vuelta a una manzana de edificios.

Justine aceleró su carrera. Se sintió perseguida por los chacales de la noche que parecían estar riéndose, seguros de que conseguirían sus malvados propósitos.

El automóvil, siempre muy pegado a los coches ya estacionados, rebasó a Justine y luego paró. Se abrieron las portezuelas y saltaron los canallas que solían atacar en jauría a presas siempre más débiles.

Justine, jadeante, se detuvo. Quienes la acosaban venían por delante.

Dio media vuelta, tratando de huir. Se inició una carrera feroz. Los babeantes perros, pues no merecían llamarse humanos o quizás el insulto, dicho así, fuera para los perros, consiguieron alcanzar a la muchacha.

Un fuerte golpe y empellón, dados al mismo tiempo, la hicieron caer contra un portal.

Ahogó un grito. Cuando quiso recuperarse, ya varias manos la

sujetaban y manoseaban.

—¡Noo, noo! —gritó Justine.

—¡Tápale la boca! —rugió uno de los cobardes muchachos.

Una mano golpeó la boca de Justine mientras otra mano le soltaba el botón de los tejanos y le bajaba la cremallera.

La joven sintió las manos canallescas deslizándose por su cuerpo joven, cálido, hambriento de amor pero estremecido ante la brutal situación.

Justine sabía que iba a ser violada y por los cuatro jóvenes. Lo que ignoraba es si sería allí mismo o la meterían en el coche para cometer su canallada en lo que ellos debían suponer un lugar más tranquilo.

—¡Aaaah!

El grito escapó de la garganta de uno de los chicos. Luego, fue otro el que se tambaleó, salpicando sangre en derredor.

Un sable curvo y afiladísimo había cortado el aire antes de asestar un golpe mortífero.

La mano que manejaba el brillante sable ya ensangrentado debía de tener mucha fuerza, e imprimió gran velocidad en el golpe, porque la cabeza de uno de aquellos canallas de la noche rodó sobre el enlosado de la acera.

Todo fue rápido, muy rápido, mortalmente rápido.

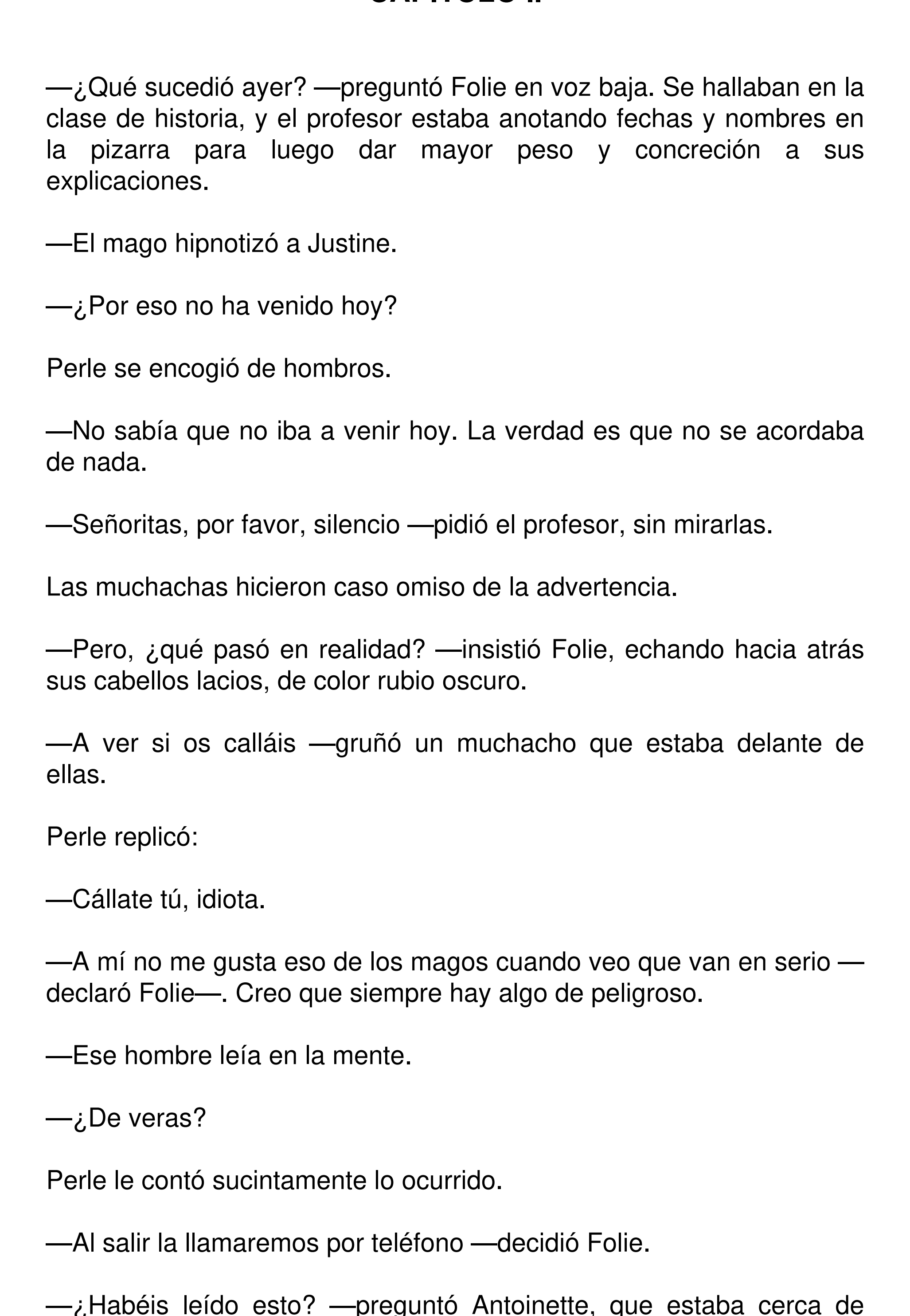
El malvado joven que se había puesto sobre la caída Justine volvió la cabeza. Sus compañeros ya no le ayudaban y entonces, descubrió la figura humana y el sable alzado en el aire.

—¡Nooo!

Durante un breve instante se escuchó el silbido del acero cortando el aire. Después hubo como un macabro chasquido y la cabeza del joven cayó sobra Justine. La sangre brotó de las carótidas cortadas como si éstas fueran un manantial, sangre caliente que llenó al rostro de la muchacha.

La joven hubiera querido gritar, pero el mundo de la realidad se mezcló en su mente con el de las alucinaciones, y todo perdió sentido y significado para ella.

Tuvo la impresión de que salía volando y un miedo atroz la invadió, pero ningún grito en demanda de auxilio escapó de su garganta. Era como si hubiera enmudecido para siempre.



CAPITULO II

—¿Qué sucedió ayer? —preguntó Folie en voz baja. Se hallaban en la clase de historia, y el profesor estaba anotando fechas y nombres en la pizarra para luego dar mayor peso y concreción a sus explicaciones.

—El mago hipnotizó a Justine.

—¿Por eso no ha venido hoy?

Perle se encogió de hombros.

—No sabía que no iba a venir hoy. La verdad es que no se acordaba de nada.

—Señoritas, por favor, silencio —pidió el profesor, sin mirarlas.

Las muchachas hicieron caso omiso de la advertencia.

—Pero, ¿qué pasó en realidad? —insistió Folie, echando hacia atrás sus cabellos lacios, de color rubio oscuro.

—A ver si os calláis —gruñó un muchacho que estaba delante de ellas.

Perle replicó:

—Cállate tú, idiota.

—A mí no me gusta eso de los magos cuando veo que van en serio —declaró Folie—. Creo que siempre hay algo de peligroso.

—Ese hombre leía en la mente.

—¿De veras?

Perle le contó sucintamente lo ocurrido.

—Al salir la llamaremos por teléfono —decidió Folie.

—¿Habéis leído esto? —preguntó Antoinette, que estaba cerca de

ellas.

—¿El qué? —preguntó Perle.

—Esta noche les han cortado la cabeza a cuatro presuntos jóvenes delincuentes.

—¿La cabeza? —se horrorizó Perle—. Sería algún loco.

—Según el periódico, las cabezas no han aparecido. Aquí dice que una chica estuvo en el suceso, porque se han encontrado unos apuntes en el lugar de los hechos. ¿Será una chica la que se ha llevado las cabezas de los cuatro muchachos?

El profesor demandó su atención y prosiguió la clase hasta su término. Al salir, se presentó la directora acompañada de dos hombres de rostro preocupado.

—Perle, Folie, venid un momento.

Se acercaron a la directora, la cual les presentó:

—Son inspectores de la Sureté.

—¿Ocurre algo? —preguntó Folie.

—Vosotras sois amigas de Justine Lachard, ¿verdad?

Perle y Folie intercambiaron una mirada.

—¿Le ha pasado algo a Justine? —inquirió Folie.

—Su familia nos ha comunicado su desaparición. Esperamos que podáis decirnos algo que nos ayude a encontrarla —dijo el policía que parecía mayor en edad.

—Si sabéis algo, tenéis que contárselo a los inspectores —advirtió la directora.

—¿Sabéis si tomaba algún tipo de droga? —preguntó abiertamente el inspector que había hablado primero.

—No —respondió Folie.

—Bueno, en alguna ocasión, quizás un porro —explicó Perle.

—¿Y algún «pico»? —insistió el policía más joven.

—No, eso no —denegó Perle.

—¿Alguna otra droga?

—No, seguro que no.

—¿Salíais con algún grupo de muchachos?

Folie contestó:

—Con algunos del liceo, no gran cosa y alguna vez, a la discoteca.

—Necesitamos saber el máximo sobre Justine Lachard. Comprenderéis que su familia está muy preocupada.

—No habrá sufrido algún accidente, ¿verdad? —insinuó Perle.

—Por ahora, que sepamos, no —contestó el inspector veterano.

Perle explicó:

—Justine vive con sus tíos. Su madre murió de accidente cuando ella era muy pequeña. Yo la dejé ayer en la puerta de su casa.

—¿A qué hora? —quiso saber el policía.

—A las ocho treinta; quizás fueran las nueve menos cuarto.

—Eso es correcto —admitió al inspector, tomando unas notas en un bloc—. ¿Teníais que volver a salir?

—No —repuso Perle—. No solemos salir de noche, es peligroso.

El inspector más joven dijo entonces:

—Si recordáis algo, llamad a este número de la comisaría. —Le dio una tarjeta—. Preguntad por el inspector Bourlen.

Folie tomó la tarjeta. La directora recomendó:

—Si sabéis algo, llamad a la policía por el bien de Justine.

Los policías se alejaron hablando con la directora del liceo, que debió darles datos sobre las posibles faltas a clase de la muchacha y sus calificaciones de estudio para conocer si estaba pasando algún bache.

—¿Qué crees que le puede haber pasado? —preguntó Folie, apretando la carpeta de apuntes contra sus jóvenes pechos.

—No sé —respondió Perle.

—Has dicho que el mago la hipnotizó.

—Sí, fue en el escenario. Allí, como te he dicho antes, contó lo que les sucedió a sus padres.

—¿Y lloró?

—Sí, pero luego no se acordaba de nada.

—Es muy propio de la hipnosis no recordar nada luego. —Y en una transición—: Te presentaré a Michel.

—¿El arquitecto?

—Bueno, aún no ha terminado la carrera por completo. Está como ayudante de un arquitecto urbanista muy famoso, y él hace su tesina —explicó Folie a Perle.

—¿Será interesante?

—Mucho. La tesina la hace sobre cimentaciones y sótanos a través de la historia de los edificios.

—Dicho así, parece un poco rollo, ¿no? —sonrió Perle.

—Puede, pero él siempre anda metido por debajo de los edificios famosos e importantes. Estudia cómo los hicieron, cómo los cimentaron y la clase de sótanos que poseen. A ti y a mí nos puede parecer un rollo, pero él asegura que se encuentran cosas apasionantes.

—Ratones y cucarachas, seguro.

—Sí, claro, de eso también —admitió Folie, mientras iban caminando por la calle. Luego, cambió el tono, la voz brotó más preocupada de su garganta—. ¿Qué piensas sobre la desaparición de Justine?

—No sé, yo la vi entrar en su casa, pero, al parecer, debió volver a salir. Creo que la afectó lo que le hizo el mago.

—¿Piensas que recordar lo que le sucedió a sus padres años atrás la afectó tanto como para cometer una tontería?

—La verdad es que no se acordaba de nada, pero el mago aquél me produjo una sensación desagradable. Le tuve miedo, todos le tuvimos miedo.

—Si tan bueno es, ¿por qué no es más importante, más famoso?

—No lo sé. Está en un teatrucho de mala muerte; me parece un individuo que inspira pocas simpatías y hay algo muy extraño en él. Quizás no quiera ser demasiado famoso, se esconde detrás de su antifaz rojo brillante.

—Le podías haber dicho algo a la policía sobre él, ¿no?

—Pues, no se me ha ocurrido. Después de todo, Justine entró en su casa, yo la vi, y no recordaba nada, absolutamente nada.

—A mí, ese mago ya no me gustó en el póster de reclamo que había en la puerta. No me agrada que nadie hurgue en mi mente. Tú que estuviste allí, ¿no crees que pudo influir en Justine para que hiciera algo como, por ejemplo, huir de su casa?

—Pues ahora que lo dices, me dio la impresión de que le hablaba al oído. Le dijo cosas que no pudimos escuchar los que estábamos en la sala.

—¿No te contó ella lo que le dijo al oído?

—No, no recordaba nada; ese mago tiene un gran poder de hipnosis.

—Sí, eso parece —admitió Folie—, A mí siempre me han sorprendido esos magos de salón que tienen esa capacidad de hipnotizar con tanta rapidez a personas del público que se supone no estaban de acuerdo con ellos de antemano.

—Yo vi a uno por televisión que sólo pasándole la mano por la cara a un chico lo dejaba hipnotizado.

Folie condujo a su amiga hasta una cafetería. Entraron dirigiéndose a una mesa, cerca de las vidrieras, empañadas por el vapor que se formaba dentro del establecimiento a causa de la respiración humana y de los líquidos calientes.

Michel estaba acompañado de otro joven, tomaban café, y ambos llevaban sendas carpetas repletas de hojas, muchas de ellas fotocopiadas.

—Hola, Michel. Esta es Perle —presentó Folie.

—Y él es Gerard —indicó a su vez el aludido.

—Muy bien —aceptó Folie.

Se estrecharon las manos y se sentaron a la mesa.

—Le estaba contando a Gerard que, después de visitar a media docena de arquitectos retirados, arquitectos ancianos, ya sabéis, he estado buscando en la Biblioteca Nacional y en la Memory del archivo del Colegio de Arquitectos, y he descubierto que hay un lugar muy interesante para visitar.

—¿Un lugar muy interesante para visitar? —preguntó Folie con actitud perpleja.

—En cierto antiguo teatro, se hicieron unos cimientos especiales, es decir, adaptados a la época y a los intereses de quienes levantaron el edificio.

—¿De qué teatro se trata? —inquirió Perle.

—Le soleil royal.

—No he oído hablar nunca de un teatro con ese nombre —confesó Folie.

—El nombre ha sido cambiado en dos ocasiones, ahora se llama Mai-68.

—¿Mai-68? —Perle palideció.

—¿Lo conoces?

A la pregunta de Michel todos miraron a Perle, la cual respondió:

—Sí, estuve ayer. Es un teatrucho pequeño y sucio, no creo que se haga nada bueno allí.

Folie explicó:

—Es un local viejo, cualquier día lo derriban.

—Michel dice —intervino Gerard— que ese teatro tiene unos sótanos sorprendentes.

—¿Sorprendentes, como qué? —preguntó Folie.

Michel, con entusiasmo en los ojos, pero esforzándose por no ensalzar algo que luego podía resultar deprimente por su conservación, explicó:

—Es un lugar con mucha humedad, hay filtraciones del Sena.

—Si el Sena queda lejos… —objetó Folie.

—Sí, pero no sé si sabes que en el subsuelo se abren grietas naturales por las que se filtra el agua del río. Hay ocasiones en que ese agua escapa del río para ir hacia otra parte y, por contra, existen vetas de agua subterráneas que van a parar al río; por ello hay pozos en casas antiguas que extraen estas aguas. Por supuesto, hace mucho tiempo que no son potables. Son aguas contaminadas por los contactos que tienen con la red de aguas negras que posee el subsuelo de la ciudad. En fin, trato de decir que el lugar puede estar muy estropeado, pero, por lo que sé, se utilizaron soportes de maderas resistentes muy especiales. Dicen que son tallas valiosas, si es que no han sido ya destruidas por el tiempo, la humedad o los insectos.

—Será interesante visitar ese sitio.

—Deseo hacer fotografías, muchas fotografías antes de que a alguien se le ocurra demoler el pequeño y viejo teatro por considerar que es ruinoso e incluso peligroso.

—¿A ti qué te parece todo esto, Perle? —preguntó la propia Folie.

—Pues, no sé, pero me da la impresión de que será un lugar lleno de ratas. Si es tan antiguo y está hecho con maderas, ya no quedará nada y hacéis bien en decírmelo, por que no vuelvo a entrar allí, no sea cosa que el piso se hunda y se produzca una catástrofe.

—Creo que si esos sótanos son efectivamente como me han contado y se conservan en suficiente buen estado como para hacer un estudio a fondo, podré terminar mi tesina.

—Pues será muy fácil, ¿no? —le dijo Folie más que le preguntó.

—No tan fácil. Hay que conseguir permisos para visitar esos sótanos, y pudiera ser que no me los concedieran por temor a que descubra que está en ruina total y me vea obligado a denunciarlo para que sea demolido.

—Si es un peligro, habrá que demolerlo —opinó Gerard.

—Sí, pero quizás sus propietarios quieran sostener esta situación hasta que lo crean conveniente. Hay que tener en cuenta que el local puede no valer nada, pero si en su lugar se levanta un edificio de nueva planta, será un buen negocio al precio que están los apartamentos hoy en París —opinó Michel.

Folie se encaró con Michel que era el más alto de los cuatro. Algo delgado de rostro, frente despejada y con unos ojos profundos que gustaban a las mujeres. Una barba negra y recortadita le añadía cuatro o cinco años más de los que realmente tenía.

—Ahora actúa allí el mago Tnan.

—¿El mago Tnan, es un charlatán de feria?

A la pregunta de Gerard, Perle manifestó:

—Yo estuve ayer en su espectáculo, y os puedo asegurar que es un personaje extraordinario. Podría estar en los más importantes locales del mundo, porque realmente es capaz de leer en la mente de la gente como si fuera un libro abierto.

Gerard, mientras encendía un cigarrillo, objetó:

—Esos tipos utilizan muchos trucos.

—Si te refieres a que llevan a algún espectador que en realidad está conchabado con ellos, te diré que no fue así. Justine, una amiga, estaba conmigo.

—Es cierto —ratificó Folie.

—Bueno, quizás ella sea muy receptiva. No son raros los tipos que tienen poderes hipnóticos y vuestra amiga pudo quedar hipnotizada. ¿Tú qué crees, Michel?

—Pues que sí, que hay personas con una gran capacidad para hipnotizar, especialmente a personas que son muy receptivas.

—Parece que os preocupa mucho ese mago —comentó Gerard.

Más bajo que Michel y de apariencia fornida, vestía un anorac azul celeste con franjas rojas y blancas en las mangas.

—Es que una amiga, la que estuvo conmigo ayer noche en el teatro Mai-68, antes de cenar, ha desaparecido.

—¿Desaparecido, seguro? —insistió Michel.

—Sí. La policía nos ha hecho preguntas por si sabíamos algo.

—Se habrá escapado con su chico —adujo Gerard.

—No tiene chico. Es muy raro lo sucedido, el mago Tnan la hipnotizó.

—Pues, Cuéntaselo a la policía y ellos decidirán si han de interrogar a ese personaje.

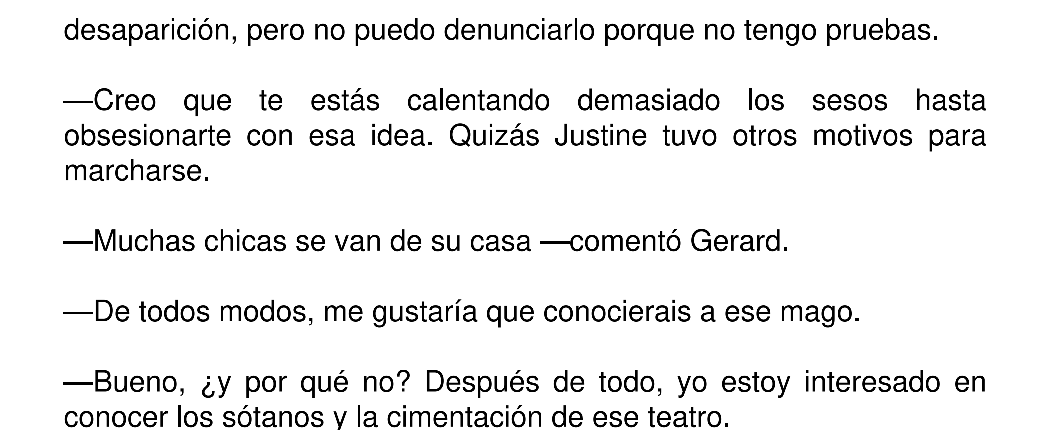
—Quizás lo haga —asintió Perle.

—Bueno, yo no creo que tenga nada que ver ese mago con los propietarios del teatro —declaró Michel—, Es de suponer que se tratará de un artista contratado y, si trabaja en ese local, es que no será muy bueno.

—Me gustaría encontrar a Justine —confesó Perle.

—Deja que ese trabajo lo haga la policía —le pidió Michel.

—Es que pienso que el mago Tnan tiene mucho que ver con su



desaparición, pero no puedo denunciarlo porque no tengo pruebas.

—Creo que te estás calentando demasiado los sesos hasta obsesionarte con esa idea. Quizás Justine tuvo otros motivos para marcharse.

—Muchas chicas se van de su casa —comentó Gerard.

—De todos modos, me gustaría que conocierais a ese mago.

—Bueno, ¿y por qué no? Después de todo, yo estoy interesado en conocer los sótanos y la cimentación de ese teatro.

—Pues, vamos —aprobó Gerard.

Aquella misma tarde, los cuatro se dirigieron al teatro Mai-68. Se encontraron con las puertas cerradas y un rótulo que advertía del cierre por enfermedad del artista.

—Me huele a cuento —rezongó Gerard.

—Algunos artistas simulan una enfermedad cuando quieren ausentarse del escenario por cualquier motivo.

Folie asintió a las palabras de Michel, pero preguntó:

—¿Qué hacemos ahora? No sabemos cuánto tiempo puede durar la supuesta enfermedad de ese hombre.

Dando la espalda a las puertas cerradas del pequeño teatro, sucio por fuera y sucio por dentro, Michel manifestó:

—Haré lo que pueda para conseguir el permiso a fin de revisar los sótanos, y cuando lo tenga os avisaré, si es que queréis verlos conmigo.

Perle insistió:

—A mí, lo que me preocupa, es encontrar a Justine.

—A mí también —dijo Folie.

Miró al póster de propaganda del mago Tnan y tuvo la impresión de que los ojos que se filtraban a través del antifaz rojo la estaban



mirando.

CAPITULO III

Cuando Folie llegó a su casa aquel atardecer, se encontró con el joven inspector Bourlen.

Sus padres le atendían con gesto preocupado.

Fue la madre quien la asió por los brazos y le preguntó, ansiosa:

—¿Qué sabes de Justine?

—Nada, mamá; nada, salvo que se ha marchado de su casa.

—El inspector desea hacerte algunas preguntas.

—Sí, algunas preguntas por el momento. Es posible que tengamos que llamarla a la comisaría para una declaración más completa.

El padre de Folie estaba muy tenso, al borde de la crispación.

—¿Es que acusan a mi hija de algo? ¿Hay algún asunto de drogas?

—No, no señor —respondió el relativamente joven inspector Bourlen —. Su posible declaración será sólo como testigo.

La madre objetó:

—Es menor de edad.

—Mamá, papá, tranquilizaos. Ayudaré a la policía en todo lo que pueda para que encuentren a Justine. No tenía motivos para escapar de su casa.

—¿Tú crees que no los tenía? —inquirió el inspector.

—No, creo que no —respondió Folie, algo dubitativa no obstante.

—Por favor, ¿nos dejan unos minutos a solas? Deseo hacerle unas preguntas a su hija. Luego, será el comisario jefe quien decida si la declaración debe ampliarse o no.

El padre suspiró, vaciando sus pulmones por las ventanillas de la

nariz. Antes de marcharse, pidió a su hija:

—Ayuda a la policía en lo que puedas, Folie. Una muchacha menor de edad que desaparece de su hogar corre muchos peligros, peligros que yo no quisiera que tú corrieras.

—Lo sé, papá.

Cuando quedaron a solas, el inspector Bourlen sacó un bloc de pequeñas anillas. Folie no pudo verlo, pero tuvo la impresión de que allí llevaba anotadas las preguntas que su jefe le había ordenado que hiciera, a modo de cuestionario.

—¿Tenía problemas últimamente? Me refiero a Justine, por supuesto.

—Pues, como todas, pero no estamos en época de exámenes, que es cuando nos ponemos más nerviosas.

—¿Quiénes salían con Justine?

—Perle y yo somos sus amigas, pero también conocemos a chicos.

—Te voy a mostrar unas fotografías, y me dirás si conoces a estos muchachos.

Le alargó unas fotos que Folie examinó con atención mientras el inspector escrutaba su rostro, atento a cualquier gesto de reacción.

—No, no los conozco. ¿Quiénes son?

—Ya te lo diré. Ahora, ¿sabes si salía de noche? Me refiero a si se escapaba de su casa sin que sus tíos lo supieran.

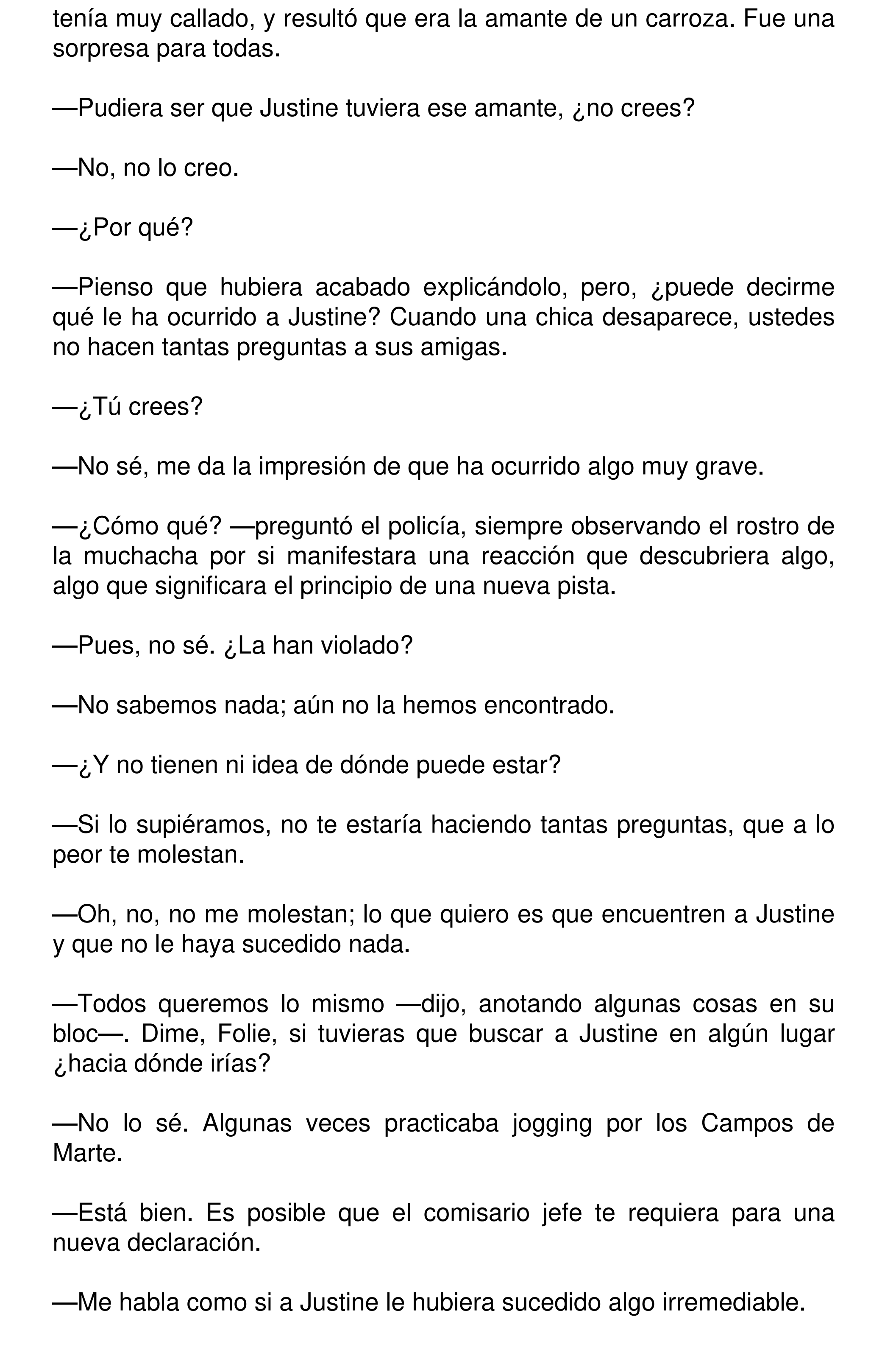
—Pues, no.

—¿Piensas que te lo habría contado?

—Creo que sí, pero nunca se sabe.

—Podría ser que tuviera algún amigo muy especial, que estuviera enamorada de alguien, de un adulto… ¿Sabes a qué me refiero?

—Sí, sé a qué se refiere, pero, que yo sepa, Justine no tiene ningún amante. Claro que en una ocasión supe de una muchacha que lo


tenía muy callado, y resultó que era la amante de un carroza. Fue una sorpresa para todas.

—Pudiera ser que Justine tuviera ese amante, ¿no crees?

—No, no lo creo.

—¿Por qué?

—Pienso que hubiera acabado explicándolo, pero, ¿puede decirme qué le ha ocurrido a Justine? Cuando una chica desaparece, ustedes no hacen tantas preguntas a sus amigas.

—¿Tú crees?

—No sé, me da la impresión de que ha ocurrido algo muy grave.

—¿Cómo qué? —preguntó el policía, siempre observando el rostro de la muchacha por si manifestara una reacción que descubriera algo, algo que significara el principio de una nueva pista.

—Pues, no sé. ¿La han violado?

—No sabemos nada; aún no la hemos encontrado.

—¿Y no tienen ni idea de dónde puede estar?

—Si lo supiéramos, no te estaría haciendo tantas preguntas, que a lo peor te molestan.

—Oh, no, no me molestan; lo que quiero es que encuentren a Justine y que no le haya sucedido nada.

—Todos queremos lo mismo —dijo, anotando algunas cosas en su bloc—. Dime, Folie, si tuvieras que buscar a Justine en algún lugar ¿hacia dónde irías?

—No lo sé. Algunas veces practicaba jogging por los Campos de Marte.

—Está bien. Es posible que el comisario jefe te requiera para una nueva declaración.

—Me habla como si a Justine le hubiera sucedido algo irremediable.

—¿Te parece poco el que haya desaparecido? —preguntó el inspector de la Sureté, guardándose el bloc en el bolsillo de la chaqueta.

—Es cierto, pero creo, creo que usted me oculta algo…

Sonrió como si Folie fuera una niña y no una joven que, cuando vestía con anorac o cazadora y blue-jeans, parecía una muchachita con el busto bien desarrollado, pero cuando se ponía un traje de mujer, atraía la atención de los hombres que pasaban junto a ella.

—¿Y por qué crees tú que la policía piensa que a Justine le ha ocurrido algo muy grave?

—No sé, quizás por el interés que se toman.

—La policía siempre se toma interés por los desaparecidos. La verdad es que desaparecen muchas chicas, más en provincias que en París, porque aquéllas suelen acabar en esta capital, y no pocas caen en una vida desagradable. También en París desaparecen muchachas, porque desean huir del hogar de sus padres y emprender nueva vida. Vosotras también corréis el riesgo de caer bajo el poder de chulos y maleantes que se aprovechan de vuestra situación. Si encontramos a Justine, habremos salvado a una chica de caer en una situación deshonrosa… Aunque antes de que París se fundara, ya había prostitutas por estas tierras y las seguirá habiendo cuando París desaparezca, si es que llega a desaparecer.

—Comprendo. ¿Se va?

—Sí. Por cierto, si recuerdas algo, ¿me lo contarás?

—Bueno, sé que Justine vive con sus tíos, que su madre murió en un accidente y que su padre se suicidó.

—A veces, esas tendencias se heredan en las familias, ocasiones en que, más que una herencia depresivo-suicida, se trata de actos en los que repiten, por impulso subconsciente, lo que hicieron sus progenitores, si llega a enterarse de lo que hicieron.

—Comprendo. ¿Usted conoce otros detalles de la vida de Justine?

—Sí. No te apures, Folie; nos lo han contado quienes debían hacerlo.

Folie, más intrigada después de oír tal respuesta, acompañó a la puerta de salida al policía y luego regresó junto a sus padres, que permanecían en la salita. El padre clavó sus ojos en la muchacha, apartándolos del aparato de televisión que tenía bajo el volumen de sonido.

—Están buscando a Justine.

—¿Les has dicho todo lo que sabes? —preguntó la madre.

—Sí, claro. No comprendo por qué se marchó de su casa.

—Pobre chica si ha caído en manos de los maleantes de la noche… —opinó el padre.

En aquellos momentos, por la televisión daban el programa de noticias y el presentador dijo:

—… Se sigue sin conocer más datos de los cuatro muchachos decapitados, cuyas cabezas, no han sido halladas. La Sureté no facilita información por el momento para no perjudicar la investigación. Se supone que los muertos eran delincuentes habituales. Cerca del lugar del crimen quedó abandonado un coche que había sido robado previamente…

—¡Qué horror! —exclamó la madre—. ¿Adónde iremos a parar?

—A ninguna parte —respondió el padre.

—¡No se puede ir tranquila por el mundo!

—En todas las épocas, en todos los tiempos y así seguirá siendo, desgraciadamente, se han cometido barbaridades semejantes.

—Ahora, más —protestó la madre.

El padre de Folie replicó:

—Quizás haya más, pero es que por simple regla de tres, por ley proporcional, ha de haber más sucesos de esa índole porque somos muchos más que antes. La población ha aumentado de forma alarmante. Además, tenemos los medios de comunicación, televisión, radio, periódicos, que te lo cuentan todo casi en al mismo momento en que ocurren los hechos, o sin el «casi». Te advierto que la ignorancia,

el no tener conocimiento de los hechos desagradables, no significa que no ocurran.

—No nos coloques ahora un parlamento político.

—Papá tiene razón, mamá, siempre ha habido sádicos.

—Tú no saldrás de noche. ¿Te das cuenta de lo que puede sucederle a Justine? O peor aún, la violen.

—Mamá, por favor… Que te violen es grave, pero es peor que te corten la cabeza.

—Sería mejor que cambiáramos de tema —pidió el padre—. Y mis votos para que la policía encuentre pronto a tu amiga.

Aquella noche, Folie tuvo una horrible pesadilla. Vio a Justine que se acercaba a su cama con un cesto de mimbre. Justine, sonriente le dijo:

«Sé que me estás buscando, Folie.»

Folie quería responderle, pero la voz no salía de su garganta.

El rostro de Justine se iluminó en color rojo; parecía un rostro diabólico, un rostro que estremeció a Folie, que en la cama creía estar sujeta por abrazaderas. Quería gritar, pero la garganta no le respondía.

«No te apures, Folie; me encontrarás.»

Justine apartó el gran pañuelo que cubría la cesta y volcó sobre Folie su contenido. Lo más horroroso que podía haber llegado a imaginar ocurrió en aquellos momentos.

Cuatro cabezas humanas cayeron sobre su cuerpo; cuatro cabezas de jóvenes que sangraban viscosamente. Folie quiso gritar, horrorizada, pero la voz seguía sin salir de su garganta mientras Justine, frente a ella, se reía a carcajadas, carcajadas estentóreas y malignas, carcajadas de arpía.

Justine fue creciendo y creciendo, se agigantó hasta ocupar toda la habitación, pero, al mismo tiempo, se transformaba en humo que terminó por desaparecer, aunque Folie seguía escuchando las

horribles carcajadas.

Despertó de súbito y tuvo conciencia de que acababa de tener una horrible pesadilla.

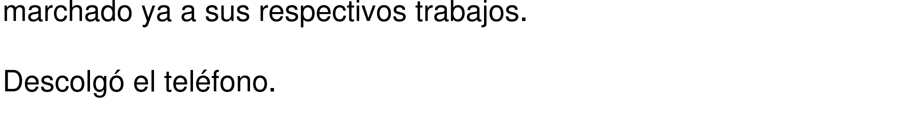
En torno suyo, la oscuridad sólo quedaba herida por la débil luz del exterior, que se filtraba a través de las ranuras de la persiana de la ventana.

Folie suspiró; todo había sido, efectivamente, un mal sueño; pero el miedo aún seguía alojado dentro de su cuerpo. Parpadeó. Quería que todo fuese una pesadilla y, sin embargo, sabía que en la pesadilla había algo de realidad.

La desaparición de Justine coincidía con el hallazgo de los cuatro jóvenes delincuentes decapitados; y en el lugar del crimen habían encontrado apuntes de estudiantes. ¿Era sólo su mente la que enlazaba ambos sucesos o acaso la policía también los conectaba entre sí y por ello hacían tantas preguntas?

Le fue muy difícil volver a conciliar el sueño. Había puesto en marcha su pequeño aparato radio-reloj, conectó el «sleep» y tuvo música de fondo durante una hora. Cuando la radio se desconectó, ella ya estaba dormida; había algo más de tranquilidad.

Se despertó más tarde. Como había puesto bajo el volumen del radio-reloj, éste no consiguió despertarla. Oía música y voces de fondo, pero ya era tarde. Fue el timbre del teléfono, repiqueteando estridente, lo que la hizo saltar de la cama.



En la casa ya no había nadie. Su padre y su madre debían de haberse marchado ya a sus respectivos trabajos.

Descolgó el teléfono.

—Diga.

—Folie.

Quedó unos instantes en suspenso. Era como si temiera estar sumergida aún en la horrible pesadilla que la había torturado durante la noche.

—¡Justine!

—Folie… —La voz era vacilante, al borde del sollozo, suplicaba—. Folie, has de ayudarme, ayúdame, por favor, ayúdame…

—Justine, ¿dónde estás?

En aquel instante, se cortó la comunicación. El desagradable pitido del teléfono penetró molesto por el oído de Folie que quedó con el auricular en la mano, mirándolo, como preguntándose si todo había sido una alucinación o efectivamente acababa de hablar con Justine.

CAPITULO IV

La empresa de gestoría, Foungé administradores y asesores jurídicos asociados, no era de las mejores ni de las más importantes de París. Entre sus clientes, tampoco contaba con gente de relieve, pero tenía el trabajo suficiente como para confiar en su futuro. Los despachos ocupaban dos plantas de un viejo pero cuidado edificio.

El mismísimo Eugene Foungé, heredero en cuarta generación de aquella sociedad de administradores, levantó la cabeza para mirar al joven Michel. Su rostro ni siquiera se molestaba en mostrar preocupación; Michel estaba lejos de poder convertirse en un buen cliente para la compañía.

—Lo siento, pero no puedo concederle el permiso que pide.

—Lo he solicitado hasta por escrito. Creí que se me concedería; es un asunto de estudios.

—Lo sé, lo sé —aceptó Eugene Foungé—. Hay que ayudar a los jóvenes universitarios, pero créame que no es culpa mía. Si el local fuera mío, ya le habría concedido el permiso, pero cuando se administran bienes ajenos hay que ser más estrictos que para uno mismo.

Es lo que merecen nuestros clientes.

—Lo comprendo, pero necesito terminar mi tesina y el estudio de ese sótano es fundamental.

—Podría decirle que no comprendo por qué es tan importante y sugerirle que visitara otros sótanos, pero como soy un ignorante en estos temas, no se lo voy a decir. Ya ve que le he recibido, joven.

—Dígame dónde puedo encontrar al propietario y le pediré el permiso a él mismo.

—Es usted tenaz.

—He de serlo —aceptó Michel.

—Si fuera usted jurista, le daría trabajo en mi oficina. —Y ofreció al

visitante un cigarrillo, que éste aceptó.

Michel veía cada vez más difícil poder conseguir el permiso para visitar los sótanos del teatro Mai-68.

—Insisto, ¿no podría darme las señas del propietario o propietarios del teatro para que yo hablara directamente con ellos? Seguro que les convencería.

—Joven, será mejor que me deje su nombre y número de teléfono; yo preguntaré y, si hay algo, se lo comunicaré.

—¿Ni siquiera puedo conocer el nombre o nombres?

—No, guardamos secreto profesional sobre nuestros clientes. En este departamento recibimos propuestas de espectáculos a través de los representantes de los artistas. Pasamos estas propuestas a quien corresponde y si son aceptadas se tramitan, pero no somos nosotros quienes decidimos. La verdad es que el teatro Mai-68 no proporciona muchos beneficios. El día en que se decida su venta y demolición para construir sobre ese solar un edificio de nueva planta, el negocio será mayor.

—Antes de que eso ocurra, yo quiero investigar esos sótanos.

—¿Tan importantes son?

—Pues, la verdad es que todavía no lo sé, sólo tengo referencias. Cuando haya investigado, daré mi opinión. Repito que ahora únicamente son referencias y por tanto no puedo emitir opinión.

—Interesante, muy interesante. ¿Se podría ganar dinero ofreciendo al público la visita de esos sótanos?

—Tanto como eso, no lo creo. No se trata de catacumbas. Yo diría que sólo tienen interés para los estudiosos.

—Bien, bien, deje su tarjeta y le haré conocer la resolución que se tome. Yo no puedo hacer más.

Poco después, Michel ya estaba en la calle.

Esperaba conseguir aquellos permisos porque, de lo contrario, intentaría filtrarse en el teatro para descender al sótano como si fuera

un ladrón furtivo.

De pronto oyó una conocida voz femenina.

—¡Michel!

—Hola, Folie. Haces mala cara; ¿hay noticias de Justine?

—Creo que sí.

—¿Crees?

Echaron a andar. Folie miraba al suelo, dudaba de sí misma, de sus propios sentidos.

—Esta noche he tenido una pesadilla.

—Bueno, eso no es grave. Las pesadillas terminan con el despertar.

—Creo que hay pesadillas que no acaban con el despertar.

El cielo de París estaba encapotado y, en aquellos momentos, un relámpago se dejó ver.

Luego, hubo el retumbar del trueno. Como si hubiera sido un aviso previo, comenzó a llover con cierta intensidad y los jóvenes se protegieron en un portal mientras otros ciudadanos hacían lo mismo.

—Michel, he soñado con Justine.

—También eso me parece lógico, y no soy psicólogo.

—Es que luego, cuando ya estaba despierta, Justine me ha llamado por teléfono.

—Magnífico. ¿Ya ha aparecido?

—No estoy segura.

—Pues, no te entiendo —respondió Michel, mientras la lluvia arreciaba y los paraguas multicolores florecían en la calle.

—Justine me ha llamado por teléfono para pedirme ayuda.

—¿Qué clase de ayuda?

—No lo sé.

—¿Y estás segura de que era ella?

—Sí, he reconocido su voz.

—¿Has llamado a su casa?

—Sí, pero no había nadie.

—Su familia estará trabajando.

—Eso creo.

—¿Vas a llamar a. la policía?

—Por el momento, no.

Michel clavó sus ojos pardorrojizos en los verdes de la muchacha. Buscaba la verdad en el fondo de ellos.

—¿Por qué?

—No me gustaría que me llevaran a un psiquiatra.

—¿Temes que la llamada telefónica sea parte de tu pesadilla?

—Estaba despierta. He cogido el teléfono, soy consciente de ello. He hablado con Justine y luego me he quedado con el teléfono en la mano, pero… La pesadilla era tan reciente y he pasado tanto miedo, que me ha quedado la duda de si la voz de Justine no ha sido una jugarreta de mi propia imaginación.

—Pues si tantas dudas tienes, no digas nada todavía; piensa que aún estabas medio dormida. Pero si Justine vuelve a llamarte, dile que su familia la está buscando y la policía también.

Seguía lloviendo, y los automóviles escupían agua con sus ruedas. Michel tenía un pequeño coche aparcado no muy lejos de allí, y esperaba a que la lluvia amainase algo para llegar corriendo hasta el automóvil.

—Michel, ¿tú has oído algo sobre esos cuatro muchachos, esos supuestos delincuentes juveniles que han aparecido decapitados?

—Sí, lo he leído en el periódico. Debe tratarse de la acción de un fanático, de alguien que haya perdido a un ser querido a manos de esos jóvenes.

—¿Una vendetta?

—Quizás.

—¿Crees que Justine puede tener algo que ver con ese suceso?

—¿Justine? ¿Por qué? La verdad, no creo que ella vaya cortando cabezas. Además, se requiere fuerza para hacerlo. Hay que saber manejar el arma adecuada y una chica frente a cuatro jóvenes… Aparte de que tendría que haberse vuelto loca. No, Folie, no, me temo que has vuelto a sufrir una pesadilla.

—Yo no digo que haya sido ella, sino que su desaparición puede tener que ver con el suceso.

—Si sigues imaginando, podrás escribir un guión para una película de terror.

Folie quiso explicarse mejor, pues Michel no parecía dar crédito a lo que ella decía, pero en aquel momento, él la asió por el brazo arrastrándola fuera del portal.

—Vamos, llegaremos al coche sin mojarnos; ahora llueve menos.

Folie se dejó llevar.

Era preciso que Justine volviera a llamarla, tenía que hablar con ella, para que todo aquello no le pareciera parte de una horrenda pesadilla. Quizás ya estuviera con su familia, pero algo le decía que no; algo le advertía que Justine estaba en poder de alguien peligroso, sádico y maligno.

Se estremeció, y lo hizo tan ostensiblemente que Michel, al accionar la llave de su pequeño utilitario, le dijo:

—Ahora encenderé la calefacción.

Y el coche comenzó a runrunear mientras la lluvia arreciaba de nuevo, golpeando con fuerza el techo del vehículo.

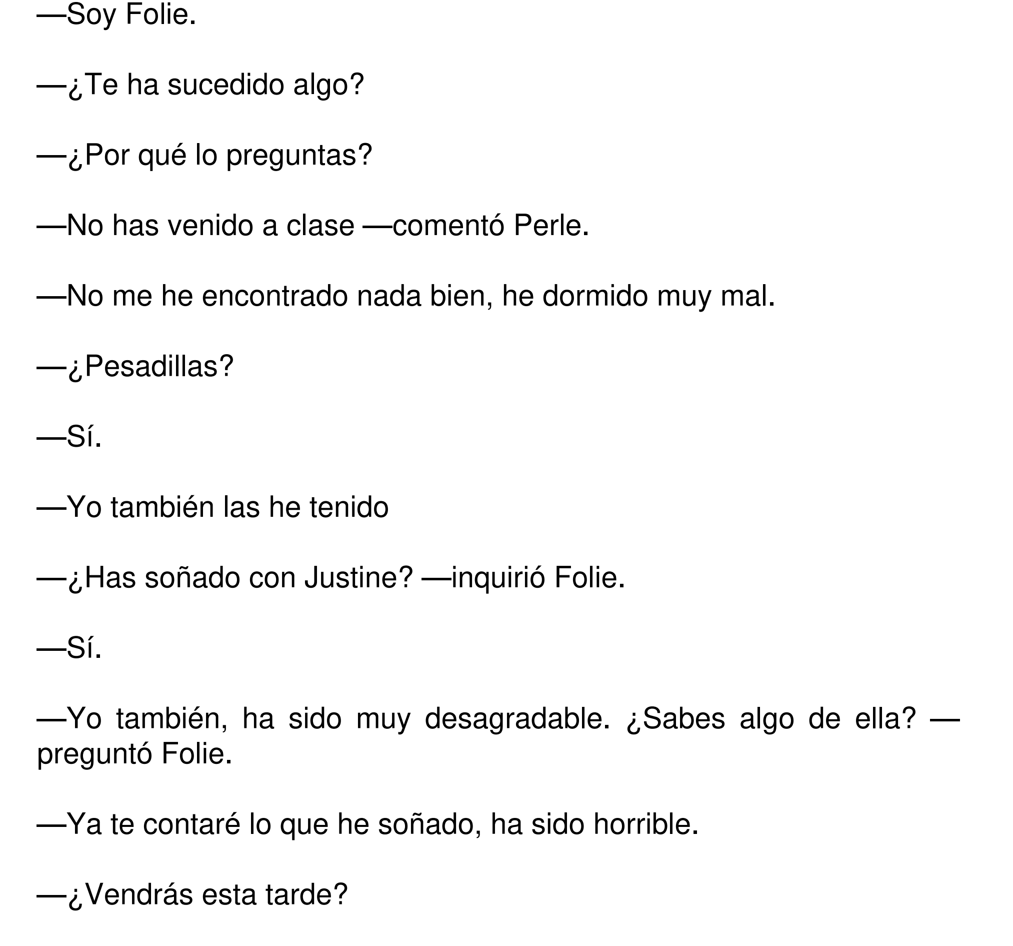
CAPITULO V

Perle descolgó el teléfono tras oírlo repiquetear en varias ocasiones. Su madre estaba sumergida en la bañera y no se enteraba o no quería enterarse de nada.

Perle, sin verlas, sentía sus orejas. Era una sensación de cansancio nada agradable. Su cuerpo estaba pesado, como embotado. Había cubierto con una bata su total desnudez.

En la casa funcionaba bien la calefacción. Afuera, el frío golpeaba las ventanas, ventanas que no se empañaban porque la calefacción era seca y limpia.

—Diga.



—Soy Folie.

—¿Te ha sucedido algo?

—¿Por qué lo preguntas?

—No has venido a clase —comentó Perle.

—No me he encontrado nada bien, he dormido muy mal.

—¿Pesadillas?

—Sí.

—Yo también las he tenido

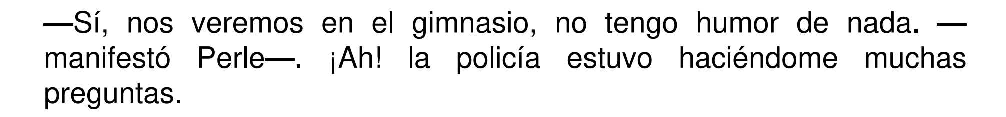
—¿Has soñado con Justine? —inquirió Folie.

—Sí.

—Yo también, ha sido muy desagradable. ¿Sabes algo de ella? —preguntó Folie.

—Ya te contaré lo que he soñado, ha sido horrible.

—¿Vendrás esta tarde?


—Sí, nos veremos en el gimnasio, no tengo humor de nada. —manifestó Perle—. ¡Ah! la policía estuvo haciéndome muchas preguntas.

—Y a mí.

En aquel momento sonó el llamador electro-musical de la puerta de la casa.

—Un momento, Folie; llaman a la puerta.

—Pues cuelga, ya seguiremos hablando al salir del gimnasio. Tengo muchas cosas que contarte.

—De acuerdo —respondió Perle, mientras el llamador insistía. Molesta, colgó el teléfono.

—¡Perle, abre la puerta! —gritó su madre desde el baño.

—¡Ya voy!

Fue a la puerta, ajustando más la bata a su cuerpo.

En el umbral se encontró frente a un desconocido, un hombre al que no había visto en su vida. Era alto y tenía el cabello entrecano. Iba elegantemente vestido y no inspiraba sospechas. Quiso fijarse en su rostro y no pudo; era como si su propia mirada estuviera manipulada. Clavó sus ojos en los de él y ya no consiguió apartarlos.

Tuvo la impresión de que los iris de aquel hombre cambiaban de forma sobre un fondo amarillento; no parecían ojos humanos. El iris se estrechaba en vertical como si fueran las pupilas de un felino; sin embargo, su color recordaba a los de un lobo asiático. Mirar aquellos ojos era como mirar la pantalla de un calidoscopio electrónico donde los colores se entremezclaban y las figuras geométricas se fundían unas con otras. Y detrás de los colores, había una fuerza magnética, una fuerza desconocida para ella que la esclavizaba.

—Perle, te sientes bien, muy bien —le dijo aquel desconocido con voz profunda—. Duermes tu consciencia para obedecerme. Respira profundamente, hazlo despacio.

Perle ni se dio cuenta de que obedecía al desconocido.

Sus pulmones se llenaron de aire hasta el último alveolo.

Después, lo fue expulsando con lentitud. Ya no sintió pesadez, era como si no tuviera cuerpo, como si en el mundo sólo existiera aquel par de ojos extraños, inhumanos, que esclavizaban a los suyos.

—Coge tu abrigo y sal a la calle. Te estaré esperando en el coche.

El desconocido se alejó, dejando a Perle como transpuesta. Tras permanecer unos segundos inmóvil, la joven ajustó la puerta, se quitó la bata, fue al ropero y tomó su abrigo.

—Perle, ¿quién ha llamado? —preguntó la madre desde el cuarto de baño, casi a gritos.

Perle no contestó. Con el abrigo ocultando su grácil cuerpo, abandonó la casa.

Descendió en el ascensor, salió del portal y como si conociera el coche al que debía dirigirse, fue hacía él. La portezuela posterior se abrió cuando ella se acercaba.

Desde la ventana de la casa, situada en un cuarto piso, la madre vio, perpleja, cómo la muchacha se introducía en el coche gris oscuro. Cerraba la portezuela, el automóvil se alejó.

La madre de Perle fue hasta la puerta y observó que había quedado abierta, lo que resultaba muy extraño, pues su hija siempre cuidaba de cerrarla, como ella hizo ahora, luego entró en la habitación de la muchacha, donde reinaba el desorden acostumbrado.

Aquella tarde, después de su sesión de aeróbic, Folie quedó preocupada por la no comparecencia de su amiga Perle. Introdujo unas monedas en el teléfono y llamó a su casa.

—Diga.

—Hola, soy Folie —se identificó, reconociendo la voz de la madre de su amiga, con la cual había hablado en muchas ocasiones.

—Folie, ¿Has visto a Perle?

—No, precisamente llamaba para preguntarle por qué no ha venido al gimnasio. Esta mañana he hablado con ella por teléfono y me ha

dicho que vendría.

—Es muy raro, todo es muy raro.

—¿Sucede algo?

—Esta mañana han llamado a la puerta y luego, Perle se ha marchado en un coche que la esperaba en la calle.

—¿Algún amigo?

—No lo sé, no me ha dicho nada. ¿Sabes tú algo?

—Pues no; no obstante, preguntaré.

—Si sabes algo, llámame antes de las diez de la noche; algo voy a tener que decirle a su padre.

—Descuide, la llamaré.

—No te olvides de hacerlo, Folie. Desde la desaparición de Justine, estoy muy nerviosa.

—Sí, yo también.

Folie colgó el teléfono y quedó con el ceño fruncido. Abandonó el gimnasio; en la calle la esperaba Michel con su utilitario. Gerard estaba junto a él, ambos conversaban en la calle.

Gerard preguntó:

—¿Y Perle?

—¿No habéis ido a buscarla ninguno de los dos?

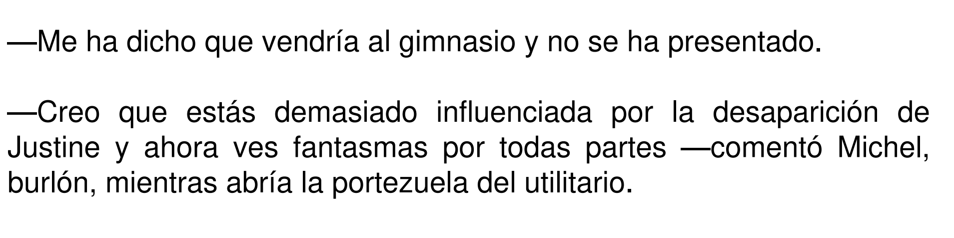
Ambos jóvenes intercambiaron una mirada de desconcierto.

—Perle se ha ido de su casa y no ha vuelto

—¿Dónde está? —inquirió Gerard, que se interesaba por ella.

—No lo sé —respondió Folie. Mirando a Michel, confesó—: Estoy muy preocupada.

—¿Por qué?



—Me ha dicho que vendría al gimnasio y no se ha presentado.

—Creo que estás demasiado influenciada por la desaparición de Justine y ahora ves fantasmas por todas partes —comentó Michel, burlón, mientras abría la portezuela del utilitario.

—Si mañana no sé nada de Perle, se lo diré a la policía.

—¿No crees que ha de ser su familia quien llame a la policía? Te precipitas un poco, Folie.

Gerard le preguntó:

—¿Conoces algún motivo por el cual haya podido desaparecer?

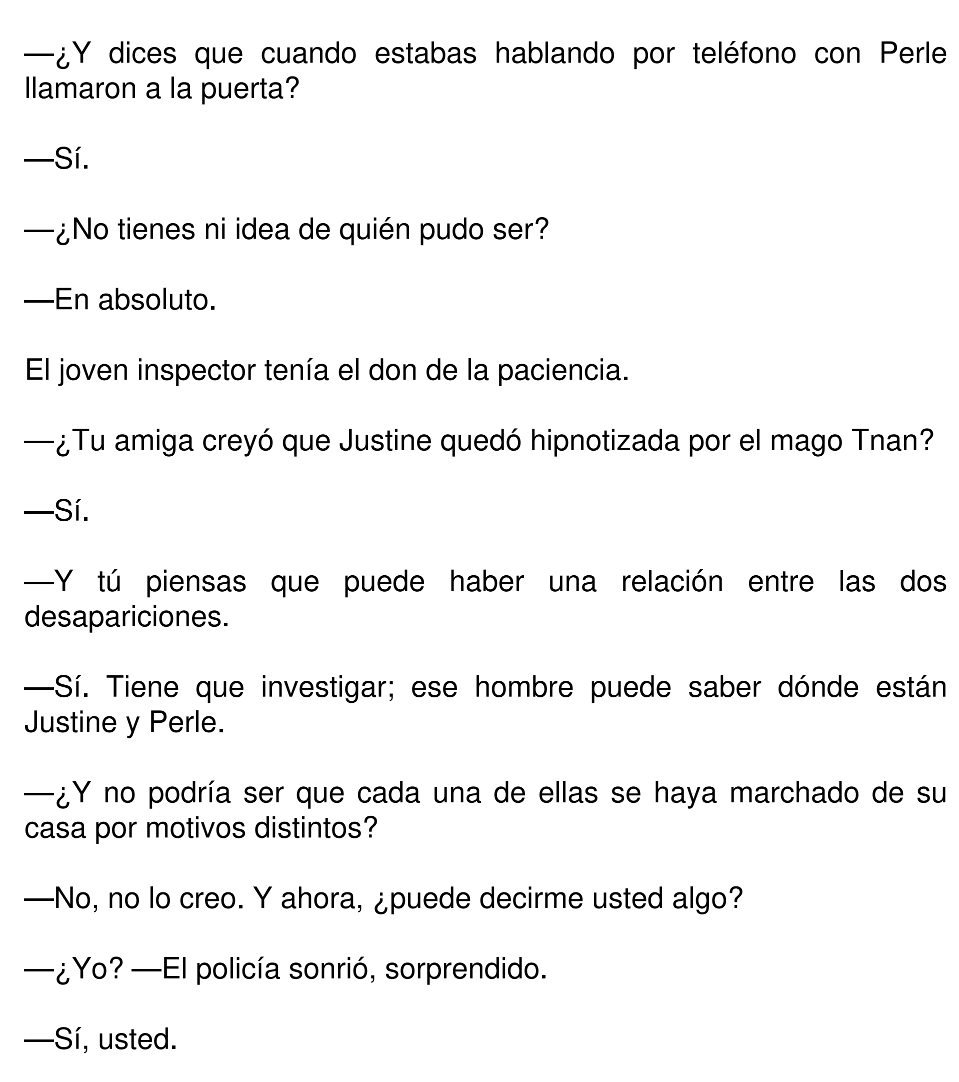
—No estoy segura, pero… —Dejó en el aire la respuesta.

—Pero ¿qué? —insistió Gerard.

—Ya lo diré cuando haga falta. Michel tiene razón; no debo precipitarme en mis juicios.

Se introdujo en el pequeño coche esperando que Michel lo pusiera en marcha. No le importaba el destino. Folie tenía la necesidad imperiosa de ponerse en movimiento. Sus nervios estaban ya demasiado tensos y corrían el riesgo de estallar.

CAPITULO VI



El inspector Bourlen tomó nota de cuanto le contó Folie. De cuando en cuando, el policía le hacía alguna pregunta que la muchacha respondía.

—¿Y dices que cuando estabas hablando por teléfono con Perle llamaron a la puerta?

—Sí.

—¿No tienes ni idea de quién pudo ser?

—En absoluto.

El joven inspector tenía el don de la paciencia.

—¿Tu amiga creyó que Justine quedó hipnotizada por el mago Tnan?

—Sí.

—Y tú piensas que puede haber una relación entre las dos desapariciones.

—Sí. Tiene que investigar; ese hombre puede saber dónde están Justine y Perle.

—¿Y no podría ser que cada una de ellas se haya marchado de su casa por motivos distintos?

—No, no lo creo. Y ahora, ¿puede decirme usted algo?

—¿Yo? —El policía sonrió, sorprendido.

—Sí, usted.

—Si está en mi mano responderte… A lo mejor quieres una protección policial para ti.

—No, no es eso; a mí, ese mago no me conoce, pero a Justine y a Perle, sí.

—Bien, ¿qué es lo que deseas saber?

—La desaparición de Justine, ¿tiene que ver con la muerte de los cuatro chicos a los que le cortaron la cabeza?

El joven policía de la Sureté se le heló la sonrisa en la cara.

—¿Por qué crees tú que puede haber una relación entre ambos sucesos, pese a lo distintos que son?

—Porque encontraron unos apuntes de estudiante, porque Justine debió desaparecer más o menos a esa hora, y porque el lugar donde ocurrió tan sangriento suceso no queda lejos de donde vive ella.

—No te puedo decir nada, pero te aseguro que nosotros lo investigamos todo.

—¿No es posible que el asesino de esos jóvenes delincuentes se hubiera llevado a Justine?

—¿Y para qué querría llevársela consigo? —inquirió el policía.

—No sé, quizás para que no le denunciara por su crimen. Sería un testigo, ¿verdad?

—Eres un poco ingenua, Folie —le dijo cariñosamente el policía. Y ella se molestó al creerse tratada como una niña—. Si un asesino mata a cuatro personas, si les ha cortado la cabeza, ya lo mismo le da matar a una más que pudiera convertirse en su testigo de cargo,

—Cierto, pero a lo mejor a ella no quería matarla.

—¿Y a ella por qué no? —inquirió el joven inspector Bourlen siguiéndole aquel juego de preguntas y contrapreguntas.

—A Justine no la mató porque es una chica.

—¿El ser mujer la libró de la muerte?

—Yo creo que sí. Tengo mi propia opinión sobre lo que pudo ocurrir.

—Bueno, tendré en cuenta esa hipótesis, nunca se sabe; quizás llegues a tener razón.

—Justine salió de su casa y fue atacada por esos jóvenes delincuentes. Entonces, apareció el asesino, les cortó la cabeza y se llevó a Justine y también las cabezas de quienes la habían atacado.

El inspector se rió levemente.

—Toda una historia digna de un cuento de terror. Bien, bien, ya se lo contaré al comisario. Ahora puedes marcharte, pero si te sientes amenazada, no dudes en llamarnos.

—¿No voy a firmar mi declaración?

—No, no tenemos todavía una declaración, sólo nos has expuesto opiniones. Cuando el caso esté resuelto, quizás te citemos como testigo, y entonces sí harás una declaración formal.

Con una mueca, Folie expresó su disgusto y mal humor.

Poco después se reunió con Michel en la cafetería donde solían encontrarse.

—Me gustaría que me acompañaras —le dijo Michel.

—¿Adónde?

—A visitar a monsieur Daurrié.

—¿Quién es monsieur Daurrié?

—El propietario del teatro Mai-68.

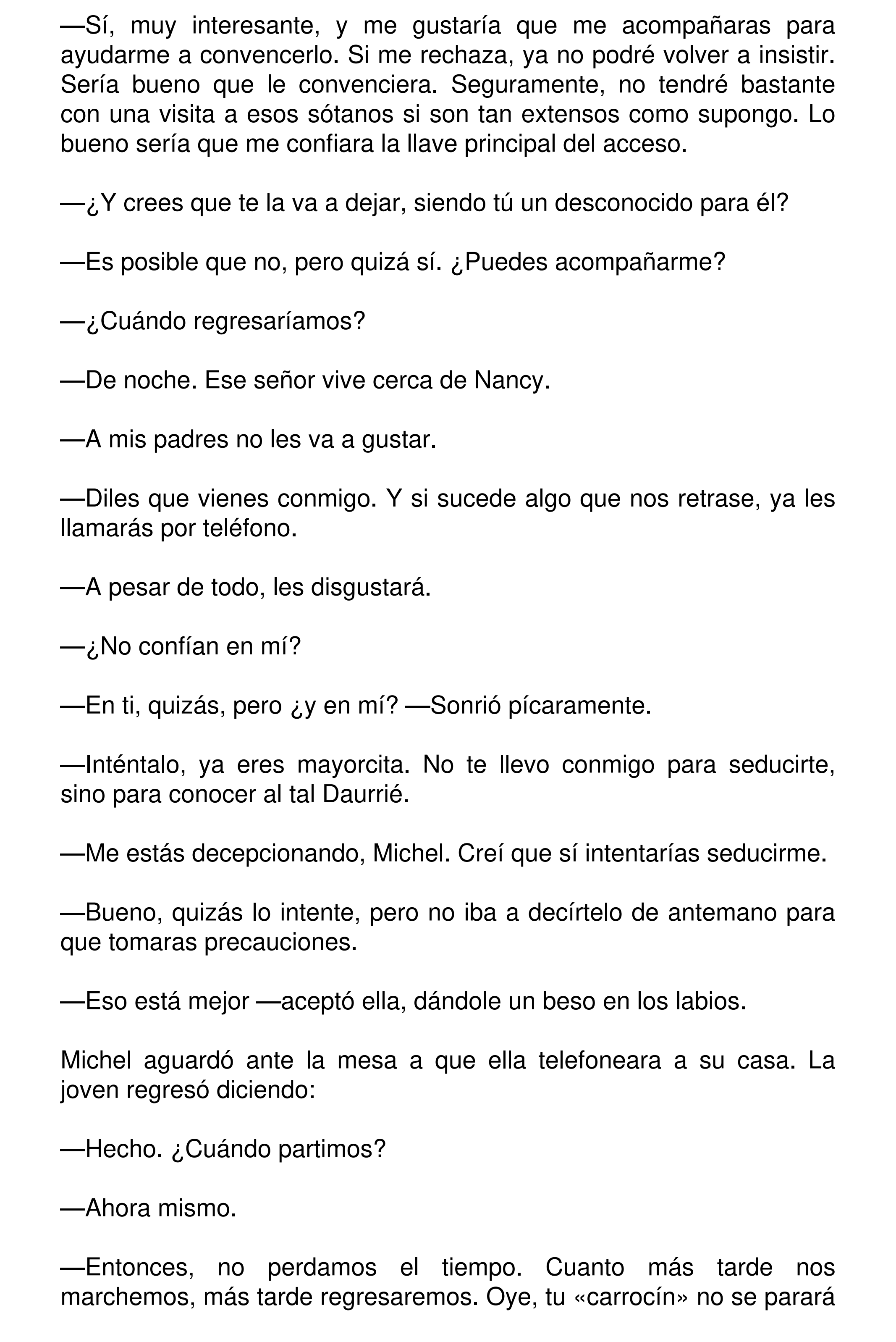
—¿Vas a pedirle el permiso para visitar los sótanos del teatro?

—Sí. Ha sido muy difícil conseguir la entrevista con ese personaje, porque los administradores del teatro se mostraban remisos.

—Podía haberte dado el permiso ya, ¿no crees?

—Sí, pero no lo obtendré hasta que vea personalmente al propietario y le convenza. La verdad es que puede negarme el permiso; parece ser que el acceso al sótano tiene una sólida puerta que está bien cerrada con llave, y la llave sólo la tiene el propietario.

—Resulta hasta interesante, Michel.



—Sí, muy interesante, y me gustaría que me acompañaras para ayudarme a convencerlo. Si me rechaza, ya no podré volver a insistir. Sería bueno que le convenciera. Seguramente, no tendré bastante con una visita a esos sótanos si son tan extensos como supongo. Lo bueno sería que me confiara la llave principal del acceso.

—¿Y crees que te la va a dejar, siendo tú un desconocido para él?

—Es posible que no, pero quizá sí. ¿Puedes acompañarme?

—¿Cuándo regresaríamos?

—De noche. Ese señor vive cerca de Nancy.

—A mis padres no les va a gustar.

—Diles que vienes conmigo. Y si sucede algo que nos retrase, ya les llamarás por teléfono.

—A pesar de todo, les disgustará.

—¿No confían en mí?

—En ti, quizás, pero ¿y en mí? —Sonrió pícaramente.

—Inténtalo, ya eres mayorcita. No te llevo conmigo para seducirte, sino para conocer al tal Daurrié.

—Me estás decepcionando, Michel. Creí que sí intentarías seducirme.

—Bueno, quizás lo intente, pero no iba a decírtelo de antemano para que tomaras precauciones.

—Eso está mejor —aceptó ella, dándole un beso en los labios.

Michel aguardó ante la mesa a que ella telefoneara a su casa. La joven regresó diciendo:

—Hecho. ¿Cuándo partimos?

—Ahora mismo.

—Entonces, no perdamos el tiempo. Cuanto más tarde nos marchemos, más tarde regresaremos. Oye, tu «carrocín» no se parará

en la carretera, ¿eh?

Salieron de París en dirección a Nancy con relativa facilidad. Michel conseguía filtrar su pequeño automóvil entre la aglomeración de vehículos gracias a sus reducidas dimensiones, y la potencia de su motor en contraste con el escaso peso del coche le permitía rodar rápido. El joven iba ilusionado y a la vez preocupado.

—Le he pedido a Gerard que viniera.

—¿Y no ha querido?

Michel apenas volvió su rostro hacia Folie, que encendió un cigarrillo y se lo pasó. Luego, ella estiró sus piernas enfundadas en unos pantalones de piel negra.

—A Gerard le gusta Perle.

—Sí, ya me di cuenta.

—Está preocupado por lo que le he contado sobre su desaparición.

—Yo también estoy preocupada. Si creyera en las brujas, diría que nos acosa una maldición.

—Verás como al final todo tendrá una explicación lógica —dijo el joven, deseando tranquilizarla.

—Mientras no sea una solución sangrienta…

La casa que buscaban se hallaba en un lugar muy solitario. Tuvieron que introducirse por una carretera comarcal y luego, enfilaron una pista forestal que permitía el fácil paso de automóviles. Debían haberlo acondicionado recientemente.

El camino serpenteaba junto a un riachuelo de aguas oscuras que daban la sensación de estar muy frías. En medio de espesos matorrales, la senda ascendía luego hasta llegar a una planicie boscosa.

Al fin llegaron a un claro donde había un muro coronado por valla metálica. Al otro lado, se alzaba una antigua casa de piedra, de grandes proporciones, que en seguida llamó la atención de Michel como futuro arquitecto.

—La base de esa casa debe ser muy antigua, pero ha sufrido muchas modificaciones arquitectónicas a través del tiempo.

—A mí me parece un poco siniestra —opinó Folie.

—Eso es porque en esta época oscurece muy aprisa y el cielo está encapotado; lo mismo podría llover que nevar.

—¿Crees que va a nevar?

—No lo sé, pero ha cesado el frío.

Cuando detuvieron el pequeño coche frente a la verja de entrada, una jauría de perros se lanzó contra la puerta ladrando furiosamente.

—¡Cuántos perros! —exclamó Folie.

—Hay más de una docena. Esperemos que no estén muy hambrientos.

—Hambrientos no sé si estarán, pero parecen muy furiosos.

Michel tocó el claxon y los perros aumentaron sus ladridos. Al fin, la puerta se abrió sin que nadie la tocara. Debía abrirse desde el interior de la casa.

Los perros arremetieron contra al coche y uno de ellos se atrevió a saltar sobre el capó del motor, mientras otros se pegaban a las ventanillas mostrando amenazadoramente sus grandes colmillos.

Instintivamente, Folie se echó hacia atrás y le preguntó a Michel:

—¿Resistirán los cristales?

—Esperemos que sí.

Michel dio un fuerte acelerón al motor y el perro que estaba sobre el capó perdió el equilibrio y cayó, mientras los demás corrían junto al pequeño automóvil ladrando furiosamente.

—Parece que no somos muy bien recibidos —opinó el muchacho, tratando de poner algo de humor contrarrestando la desagradable situación que los perros les imponían con su acoso.

Michel detuvo el coche frente al atrio de la casa, cuyo techo estaba sostenido por siete columnas.

Cuando la pesada puerta de la mansión se abrió, los perros dejaron de ladrar y cambiaron de actitud. Ahora tenían las colas muy bajas, aunque había otros que las movían de un lado a otro.

Un hombre de cabellos canosos que parecía más alto de lo que realmente era, les pidió:

—Pasen.

Mirando a los perros con desconfianza, Folie abrió la portezuela del coche y preguntó:

—¿No morderán?

—No, ahora ya no. Ellos saben que ustedes son mis invitados.

—Creo que le podemos hacer caso —opinó Michel.

Se apearon del coche y subieron al atrio. Los perros se les acercaron, no para morderles sino para olfatearles los pies.

—¿Es usted monsieur Daurrié? —preguntó Michel al llegar a su altura.

—Supongo que usted será Michel Prange.

—El mismo. Ella es mi amiga Folie.

—Una joven belleza —opinó el tal Daurrié.

Por dentro, la mansión era tan impresionante como por fuera. Parecía que no sería confortable; sin embargo, pese al aislamiento, poseía luz eléctrica.

Daurrié les condujo a su despacho biblioteca donde una chimenea ofrecía un grato calor.

Tres leños ardían lentamente, produciendo pequeñas llamas que en ocasiones tomaban un color azulado.

—Siéntense, por favor —les invitó, señalándoles las butacas de cuero viejo.

Los jóvenes se fijaron en la gran abundancia de libros colocados en anaqueles y protegidos por puertas de cristal, posiblemente para que los ratones no anidaran entre ellos. Lo que más llamó la atención de Michel fue un óleo que pendía en la pared tras la mesa escritorio.

—Eso es Stonehenge, ¿verdad?

Daurrié se sintió tan satisfecho como un padre halagado.

—¿Lo conoce?

—Sí. En uno de mis viajes a Inglaterra, fue a Salisbury para visitar la catedral de Old Sarum y, por supuesto, Stonehenge.

—¿Le interesan los monumentos druidas?

—Me interesa la arquitectura en general y todos los monumentos antiguos, prehistóricos.

—¿A usted sí le interesa la cultura druida? —preguntó Folie.

—Pues sí, digamos que me apasiona. Aquí tengo todo lo que se ha publicado acerca de los monumentos druidas. Hay mucha información, pero, por supuesto, no todo lo que podría llegar a saberse sobre los druidas; claro está que se trataba de una cultura religiosa muy hermética. —Abrió un pequeño bar, sacó unas copas y ofreció—: ¿Les apetece un coñac?

Folie hubiera preferido otra bebida pero aceptó. El fuego de la chimenea que tenían delante y un coñac les quitaría el frío.

Miró a Daurrié mientras éste escanciaba el licor. De aspecto físico parecía un anciano.

Sus manos tenían dedos largos, nudosos, pero lo que más destacaba en él era su mirada.

Mirarle a los ojos era como no ver ya nada más, como si el resto de su cuerpo no existiera. Folie tuvo la sensación de que había visto a aquel hombre en otra parte, pero no recordaba dónde ni cuándo.

—¿Es usted un estudioso de los druidas? —inquirió Folie.

—En cierta manera, sí. Ellos dominaban los elementos, la tierra, el

aire, el agua y el fuego. Los druidas tenían muchos conocimientos que hoy en día se han perdido.

—Por lo que sé —objetó Michel— los druidas no pregonaban sus conocimientos a los cuatro vientos. Sus sacerdotes o magos conservaban en el secreto todos sus poderes.

—Hay muchas leyendas en torno a los druidas. Se les tachó de brujos, de excederse en los sacrificios humanos.

—¿Y los practicaban? —preguntó Folie.

—Sí, claro que hacían sacrificios humanos, pero esta práctica no fue patrimonio exclusivo de los druidas. En los lugares más apartados de la tierra se practicaron sacrificios humanos en ceremonias religiosas. Se hicieron en Asia, en América, en las culturas precolombianas, en Africa y Europa. La muerte de un ser humano en ceremonia pública se ha practicado mucho, hasta hace poco tiempo, en el mismísimo París.

—Sólo se ejecutaba a los condenados por sus crímenes.

Daurrié se rió levemente. Tomó un sorbo de su copa y opinó:

—En cierto modo, es una ceremonia que conjura el mal. El público que se congregaba en torno a la guillotina o en otras partes ante cualquier patíbulo, lo hacía para asistir al conjuro del mal que temían podía emanar del ajusticiado. Luego, algunos trataban de conseguir parte de la soga del ahorcado, a la que se atribuían extraños poderes o algunos de sus dientes. Hay muchas tradiciones. ¿Cuánta gente en París podría vivir bien sin llevar algún fetiche encima?

—¿Cree que esa clase de cultos ocultistas perviven? —preguntó Folie.

—Naturalmente. El miedo, la magia, los conjuros y las maldiciones van unidas a la mismísima esencia del hombre.

—¿Es usted de los que creen que todavía existen druidas en estos tiempos de tecnología espacial?

—Sí, claro que existen. Antes de que los romanos invadieran la Galia Cisalpina, lo que ahora es Francia, y también las Islas Británicas, todos estos pueblos estaban en manos de los druidas. Los cónsules romanos Cornelio Lenturo y Licinio condenaron a los druidas. Temían

a sus ceremonias, a sus invocaciones y conjuros, a sus evidentes poderes, y los aplastaron; sin embargo, no lo consiguieron del todo porque luego, en tiempos ya del cristianismo, hubo druidas que mezclaban ambas religiones, aunque la principal continuara siendo la druida. También supervivieron los druidas puros y así, a través del tiempo, esencialmente gracias a la metempsicosis.

—¿La metempsicosis? —repitió Folie, perpleja.

Michel preguntó:

—¿Se refiere a la supervivencia del espíritu a través de diferentes cuerpos humanos, o sea, una reencarnación tras otra?

—Así es. Por supuesto, la metempsicosis no estaba al alcance de todos los druidas, pero sí de los grandes magos o sacerdotes. Por ello, sus conocimientos no morían con su cuerpo carnal; pasaban a un nuevo cuerpo y así iban en aumento.

—Yo no me creo nada de eso —opinó Folie.

—Es usted libre de creérselo o no —replicó monsieur Daurrié sin molestarse lo más mínimo.

Michel se levantó para acercarse al óleo. Quiso evitar que una posible respuesta de Folie pusiera de mal humor a monsieur Daurrié y éste acabara negándole lo que había ido a pedirle.

—¿Es cierto que este complejo de monumentos megalíticos de Stonehenge es un calendario?

—Se han emitido muchas opiniones. Tiene algo de calendario, es cierto, pero es mucho más que eso. En realidad, es un templo abierto. ¿Sabían ustedes que la iglesia cristiana utilizó muchos de los monumentos druidas y se inspiró en sus ceremonias y cultos en general? Los druidas fueron los primeros en localizar los lugares mágicos del planeta; después, otras religiones se apropiaron de estos lugares sepultando los monumentos druidas y construyendo otro encima. Hay lugares mágicos donde se han edificado hasta cinco iglesias distintas correspondientes a religiones o cultos también diferentes, unas sobre otras, ocultando las más nuevas a sus antecesoras. Pero, curiosamente, el corazón de tales iglesias es casi siempre un monumento druida que termina quedando escondido en alguna cripta, en el sótano, en los cimientos de gran des edificios

religiosos.

—Eso es cierto —admitió Michel—. Grandes templos y monasterios están edificados sobre monumentos megalíticos.

Monsieur Daurrié, que parecía satisfecho por aquella conversación, puntualizó:

—Porque son lugares mágicos.

Folie preguntó:

—¿De verdad hay lugares mágicos?

—Naturalmente que existen lugares mágicos, mademoiselle. Como le decía, esos lugares fueron descubiertos por los druidas; son lugares favorecidos por el poder de los dioses. En ellos, la fuerza que emana de la Tierra es distinta a la de otros sitios; también es distinto el flujo de energía que llega desde el cosmos.

Folie miró interrogante a Michel para ver lo que éste opinaba. El asintió con la cabeza, sorprendiendo a la muchacha.

—Sí, hay lugares mágicos, positivos y negativos. Hay lugares mágicos donde se pueden construir los mejores monumentos, como catedrales y, por el contrario, hay lugares donde es mejor no construir nada y no se sabe aún por qué. Hay energías todavía no controladas, aunque muchos se empeñen en negar su existencia.

—¿Ese es el fundamento de los fenómenos llamados poltergeist? —inquirió la muchacha.

—En parte, sí —admitió monsieur Daurrié— pero hay muchos motivos más para que una casa quede encantada o se produzcan en ella los fenómenos que se definen como poltergeist.

—Todo lo que cuentan es muy interesante por lo misterioso.

—Usted, joven, parece muy inteligente y se ha fijado en hechos que otros pretenden ignorar y luego, llegan los fracasos. Ahora, dígame, ¿su interés por visitar los sótanos del teatro Mai-68 es para averiguar algo respecto a lo que estamos comentando?

—No exactamente —confesó Michel—. Estoy haciendo una tesina

sobre la cimentación de edificios antiguos.

—¿Y por qué escogió el teatro Mai-68?

—Porque es muy antiguo y también tengo referencias de que su cimentación es singular.

—¿No le anima ningún otro motivo?

—No, claro que de sus palabras podría deducir que se trata de un lugar mágico.

—Quizás.

—Será fascinante visitarlo —opinó Michel.

—Tendrían que hacer estudios respecto a los druidas, me refiero a algo más que lo que puedan encontrar en un simple diccionario o en alguna revista de las llamadas de magia.

—¿Ha escrito usted algún libro sobre los druidas? —preguntó Folie.

—Yo exactamente, no, pero grandes amigos míos, sí. En fin, sería largo de contar.

—La verdad, me gustaría estudiar algo más sobre los druidas —admitió Michel— pero tengo la impresión de que hay mucho fraude en lo que se ha escrito respecto a ellos.

—Así es —respondió monsieur Daurrié—. No han sido pocos los que han publicado libros sobre los druidas careciendo de información rigurosa. Los han escrito con el simple afán de lucro; no obstante, yo poseo tales obras en mi biblioteca, porque contienen algunas cosas que sí son ciertas. Se ha dicho que no hay libro malo que no tenga algo bueno. En otra ocasión tendré el placer de dedicarles más tiempo sobre la verdadera historia de los druidas.

—¿Es cierto que quemaban viva a la gente? —preguntó Folie.

—Lo mismo que hicieron quienes quemaron a Santa Juana y también en la India quemaban a la viuda del hombre que moría. Sí, es cierto que practicaban sacrificios humanos, pero repito que los sacrificios de ese tipo se han llevado a cabo en todas las culturas de una manera abierta o más o menos enmascarada.

Folie comentó:

—Da la impresión de que usted defiende a los druidas y sus ceremonias religiosas.

Monsieur Daurrié la miró directamente a los ojos y la joven se estremeció.

En las pupilas de aquel hombre vio algo extraño, distinto a lo que conocía hasta entonces. Desvió su mirada y la clavó en las pequeñas llamas que envolvían los leños colocados en horizontal dentro de la chimenea.

—Entonces, ¿me da el permiso para visitar los cimientos del teatro Mai-68?

—Sí, claro está, pero me ha de dar su palabra de que no dejará a nadie más la llave que yo le entregue, y tampoco dejará a nadie entrar en esos sótanos.

—¿A mí tampoco? —preguntó Folie.

—Usted sí puede pasar, mademoiselle.

—De acuerdo —asintió Michel— tiene mi palabra.

Monsieur Daurrié abrió un cajón de su escritorio y sacó una cajita de madera de roble.

De su interior, forrado en terciopelo rojo, extrajo una llave muy brillante que parecía de plata recién bruñida.

Aquella llave tenía dientes de doble pata y en el asidor, había dos círculos, uno dentro del otro y unidos por una hoja que Michel se quedó mirando.

—Es una hoja de muérdago —aclaró monsieur Daurrié, sonriendo.

—Una llave muy interesante —ponderó Michel.

—Es una llave antigua, para una puerta y una cerradura también antiguas. Antes se hacían las cosas con más tiempo, con más arte. Ahora, discúlpenme si no les invito a cenar. El servicio que me atiende está ausente y resultaría un pésimo anfitrión.

—Muchas gracias, no queremos molestarle más —dijo Folie, poniéndose en pie—, aunque le confieso que me gustaría visitar esta casa a fondo. Debe tener muchas cosas interesante.

—Cuando vengan a devolverme la llave, se la mostraré con detenimiento.

—Le estoy muy agradecido, monsieur Daurrié —dijo Michel.

El propietario de la mansión les acompañó hasta la puerta. Afuera seguían los perros.

Unos habían permanecido tendidos en el suelo, otros iban de un lado para otro. Se les acercaron en silencio. Folie se sentía más tranquila al ver que no ladraban, aunque no simpatizaba con aquellos perros de pelaje pardo y aspecto de lobos aunque no lo fueran.

Se estrecharon la mano. Cuando subió al utilitario, Folie comentó:

—Ese hombre tiene una mano muy fría.

—Sí, a mí me ha parecido estrechar un pedazo de hielo —confesó Michel.

Dio a la llave de contacto y puso en marcha el coche, alejándose de la casa. Fueron escoltados por la jauría de perros.

CAPITULO VII

Cuando la verja se cerró, los perros quedaron tras ella y les ladraron como despedida.

—¿Qué te ha parecido el personaje? —preguntó Folie.

—No sé, me he fijado más en la casa. Por lo menos, tiene cinco estilos diferentes, estilos que se han ido superponiendo unos a otros a través de los tiempos. La casa ha sufrido muchas ampliaciones y reformas, pero la base es, sin duda, muy antigua.

—A mí me ha interesado la casa y el despacho biblioteca, con todos esos libros antiguos que posee; sobre todo me ha intrigado él.

—Es un tipo excéntrico. Debe haber ganado mucho dinero, Dios sabe cómo, y se ha comprado esa casa en mitad de los bosques, aislada del mundo. Vive en soledad, sumergido en los estudios que le obsesionan.

—¡Cuidado! —advirtió Folie, al ver que el coche resbalaba peligrosamente, acercándose a un árbol.

Michel pisó el freno, pero el coche patinó como sobre asfalto mojado. Consiguió evitar el golpe, pero no pudo impedir un roce en el costado del coche.

—¿Crees que se habrá estropeado?

—Habrá saltado algo de pintura, pero no quiero verlo ahora. Ha caído algo de nieve y hace frío; el suelo está helado y la conducción se hace peligrosa.

—Entonces, no vayas tan aprisa. Además, se ve muy poco con tus faros.

—Tendría que cambiarlos, pero…

—Sí, ya sé, te piden demasiados francos por unos faros nuevos.

—Así es, y esperemos que no se reanude la nevada, porque no llevo cadenas.

—Y de gasolina, ¿qué tal vas?

—Hum, estamos muy cerca de la reserva. Cuando lleguemos a la carretera, en la primera gasolinera que encontramos, chuparemos de la manguera.

—Esta pista forestal no me gusta nada; tiene demasiada pendiente.

—Eso no se nota tanto cuando el coche va hacia arriba y el motor responde, pero es sumamente peligroso el descenso sobre pavimento helado.

—Y abajo está el río —le observó Folie.

—No te preocupes, que no tengo ganas de darme un chapuzón y menos de noche.

—Mira, vuelve a caer nieve.

—Esos copos son muy pequeños, podría ser aguanieve —observó Michel, poniendo en marcha el limpiaparabrisas.

Los diminutos copos de nieve que se pegaban al cristal dificultaban la visión. Las gomas del limpiaparabrisas batían con fuerza, limpiando incansables, pero no menguaba la nieve que caía sobre ellos. La pista forestal se cubría de blanco.

—Michel, ¿no te parece que el camino se está haciendo muy largo?

—Sí, pienso lo mismo —gruñó.

—¿Nos habremos equivocado?

—No tendríamos que habernos equivocado, pero existe esa posibilidad. Lo malo es que ya vamos en reserva.

—¿Y la reserva es larga o corta?

Folie comenzó a inquietarse. La calefacción del coche funcionaba perfectamente, pero cuando el motor dejara de funcionar, la calefacción cesaría. Y el frío ya se estaba haciendo notar, pues la nevada proseguía.

—Maldita sea, este camino es endiablado. He debido equivocarme al

llegar a una bifurcación.

—¿Crees que podemos volver a encontrar el buen camino?

—No lo sé; tampoco sé a dónde conduce esta pista. Hay muchos árboles y no hay casas para tomarlas como referencia.

—Quizás esta pista conduzca también a la carretera.

—Esperémoslo.

La pista terminó justo cuando el coche roncaba extrañamente y luego daba unos saltitos, deteniéndose.

—¡Se acabó! —sentenció Michel.

—¿No queda gasolina?

—Ni una gota. Si no voy a por un bidoncito de gasolina a alguna parte, este trasto no volverá a ponerse en marcha.

—Vaya, sí que es mala suerte —Folie miró la hora—. Son las diez de la noche.

—Es tarde para lo que nos queda de camino de regreso a París, pero es temprano si pensamos esperar a que amanezca.

—Tenías que haber cargado antes el depósito de gasolina.

—De nada sirven ya los reproches.

—Tienes razón, no sirven de nada —convino ella, buscando un cigarrillo. El coche conservaba el calor de la calefacción, pero aquel ambiente iría enfriándose—. Tengo la impresión de que delante de nosotros se alza una mole; podría ser una casa.

—Con este coche no llegaremos a ninguna parte. Quédate aquí; voy a salir por si existe esa casa que tú crees ver. Si encontramos a alguien, estaremos de suerte.

—Abrígate.

Michel se ajustó su anorac y salió del coche. Los limpiaparabrisas estaban detenidos y, por su parte exterior, el cristal se había cubierto

de nieve, impidiendo así toda visión.

Folie se quedó fumándose el cigarrillo. De pronto, tuvo la impresión de que al otro lado del parabrisas había dos ojos grandes y extraños que la observaban; sin embargo, aquello era imposible, ya que la nieve acumulada contra el cristal imposibilitaba toda visión.

Tuvo miedo y pegó su espalda contra el respaldo del asiento, como si quisiera irse hacia atrás. Tenía que ser una ilusión, porque la única luz que había dentro del coche era las de los indicadores del salpicadero que debían funcionar con la batería.

—Vete, quienquiera que seas; vete —conminó institivamente, sin razonar sus palabras, con la seguridad de que un ser maligno estaba frente a ella, al otro lado del cristal.

De pronto, se abrió la portezuela y Folie ahogó un grito de miedo.

—Tranquila, soy yo —advirtió Michel, estremeciéndose—. Hace un frío de mil demonios… si es que los demonios pueden estar fríos.

—¿Había alguien fuera? —inquirió la joven en tono bajo.

—¿Fuera?

—Sí, cerca del coche.

—No, no había nadie. ¿Por qué?

—He tenido la impresión de que había alguien ahí.

—Pues, no había nadie. En todo caso, sería yo.

—Y la casa, ¿la has visto?

—Es un cementerio abandonado. Debe de ser muy antiguo; el muro es de adobe y está medio derruido.

—Vaya, un cementerio —suspiró, desalentada—. ¿Y está lejos?

—No, muy cerca. Con unas gotas más de gasolina hubiéramos llegado hasta la mismísima puerta. Ahí termina este maldito camino que hemos estado siguiendo.

—Pues podías haber elegido otro. Y ahora, ¿qué hacemos?

—Será mejor que nos pongamos en el asiento de atrás.

—¿El asiento de atrás, por qué?

—Tengo una manta ahí y nos podemos pegar el uno al otro; así combatiremos mejor el frío y resistiremos hasta mañana.

El pequeño coche de dos puertas no daba muchas facilidades para moverse dentro de él. Optaron por pasar entre los dos asientos y se colocaron en el asiento trasero, más ancho y cómodo y que les permitía estar juntos y cubrirse con una manta.

—No me gusta esta situación, Michel.

—A mí me gusta estar a solas contigo, y te propondría jugar un poco al amor, pero creo que debemos reservar nuestras fuerzas y nuestro calor; nos va a hacer falta.

—En circunstancias semejantes, más de uno se ha helado dentro del coche, ¿verdad?

—Podemos estar a cero grados o incluso a menos de cinco, pero para congelarnos, la temperatura habría que bajar mucho más. Imagino que los que se han congelado dentro de sus coches por quedarse bloqueados a causa de una nevada o por falta de gasolina, estarían a menos veinte grados.

—¿Tratas de consolarme?

Michel buscó los labios femeninos en la oscuridad y los besó, al tiempo que su mano se deslizaba bajo la manta, acariciando el cuerpo de Folie.

—Tranquilo, Michel; tú has dicho que no debemos gastar energías que nos van a hacer falta.

—De acuerdo —aceptó el joven. Se levantó por encima de los asientos delanteros.

—¿Qué haces?

—Voy a encender la radio; apenas gastará batería y nos hará

compañía toda la noche.

La música sonaba en tono bajo; efectivamente, acompañaba.

Las horas transcurrieron desesperadamente lentas. La temperatura había descendido dentro del coche, el calor obtenido merced al motor del coche terminó desapareciendo.

Folie se adormiló pegándose a Michel, abrazada a él, buscando su calor humano.

Michel, que había permanecido despierto durante todo al tiempo, escuchó las noticias de la mañana cuando aún todo era oscuridad en derredor suyo.

El parte meteorológico avisaba de que el tiempo estaba mejorando, aunque rachas de viento frió azotarían el norte de Francia, lo que hacía temer que la nieve se helase.

Michel ignoraba si había seguido nevando o si había cesado de nevar, ya que la nieve había caído mansamente, depositándose sobre el coche sigilosa, silenciosamente.

Aguardó a que clareara y entonces, despertó a Folie que se estremeció una vez más.

—Ya se ha hecho de día.

—Tengo mucho frío, estoy helada.

—Y has debido tener pesadillas, porque te has movido mucho.

—Sí, he tenido pesadillas y han sido horribles.

—¿Algo te obsesiona?

—Veo a Justine —explicó, temblando—. A Justine vestida de negro y con una canasta llena de cabezas humanas.

—Olvídalo, sólo es una pesadilla. Ahora veremos lo que nos espera fuera, hay que moverse. Si quieres, me voy yo y tú me esperas aquí.

—No, ni pensarlo. Si me quedo sola, me quedo hecha un bloque de hielo; creo que andar me irá bien.

—Entonces, salgamos; haremos ejercicio.

Todo estaba blanco, incluido el pequeño automóvil; sin embargo, el espesor de la nieve era escaso.

—Apenas serán unos diez centímetros; no será problema para caminar.

—Menos mal —suspiró Folie. Miró el parabrisas que estaba todo blanco, y luego desvió su mirada hacia al muro bajo y derruido.

—¿Eso es el cementerio?

—Sí.

—Pues estamos muy cerca.

—A unos cincuenta pasos, más o manos.

—Vámonos de aquí, no me gusta esto.

—Me llevaré el bidoncito para la gasolina. No es que valga mucho el coche, pero no tengo otro y no lo voy a dejar aquí.

Hicieron flexiones y dieron saltos para desentumecer sus miembros entumecidos. Folie cogió un puñado de nieve y la arrojó al rostro de Michel; ambos rieron. La maldición de la noche parecía haberse roto.

Sin embargo, aún les quedaban muchas emociones que sufrir.

Unos ojos malignos de los que Michel todavía no sabía nada pero que Folie ya había presentido cerca, muy cerca, iban a perseguirles.

CAPITULO VIII

La casa se veía muy vieja, hecha de adobe y madera; una casa cuya construcción debía perderse en la noche de los tiempos, y no parecía que en ella se hubieran realizado muchas reformas.

Había animales en los cobertizos, y gallinas y patos iban de acá para allá, buscando insectos.

Michel se tranquilizó al ver un furgón arrinconado; eso significaba que allí tendrían gasolina.

—Estoy helada pese a la carrera que llevamos —confesó Folie.

—Eso es por falta de comida. Si logramos desayunar, todo lo veremos distinto. Eh, ¿hay alguien en la casa?

Se abrieron unas contraventanas altas. Una mujer de semblante hosco, con la cabeza cubierta por un gran pañuelo de color pardo, les miró y no con muy buenos ojos. Era evidente que por allí no debían aparecer muchos amigos del campo.

—¿Qué quieren? —preguntó en un francés cerrado, un francés alsaciano.

—Nos hemos quedado sin gasolina, estamos helados. ¿Podrían ayudarnos? Naturalmente, pagaré su precio.

La mujer que estaba en el piso alto de la casa, sin responder, cerró las cristaleras y desapareció.

—¿Qué opinas? —preguntó Michel a Folie.

—No sé, no parece muy simpática —suspiró—. Aquí tendrán huevos de granja y pan bueno; un desayuno caliente es para mi vital en estos momentos. Estoy mareada y creo que voy a desmayarme.

—Por ahora, sólo te quedaste sin cenar ayer y sin desayuno hoy.

—¿Y no cuentas la marcha atlética que hemos hecho sobre la nieve hasta llegar aquí?

Se abrió la puerta de la casa. Sus maderas carcomidas por el tiempo, que nunca habían sido barnizadas, gruñeron, y los viejos goznes chirriaron.

A Folie le pareció que aquella campesina era extremadamente alta y delgada. A su mente acudió la palabra «bruja», no le gustó el semblante de la campesina, pero era consciente de que no se hallaba en el mejor hotel de París, sino en unas circunstancias difíciles, y aquella desconocida podía sacarles del atolladero.

—¿Dónde está su coche? —preguntó la mujer.

—Pues, siguiendo ese camino, cerca de un viejo cementerio.

—¿En el cementerio abandonado?

—Bueno, dentro no está —advirtió Folie—. Se nos acabó la gasolina cincuenta metros antes.

—¿Y han pasado la noche aquí? —preguntó la campesina con voz oscura. Sus ojos se achicaron, escrutadores.

—Pues sí, dentro del coche —respondió Michel—. Luego, hemos llegado hasta aquí. —Mostró el pequeño bidón de plástico—. Nos hace falta gasolina; si puede ser, más de cinco litros, me llevaría otro bidón. El depósito del coche se ha quedado seco; nos perdimos no sé cómo y acabamos frente al cementerio.

—Yo tengo mucha hambre —terció Folie—. ¿Podríamos desayunar?

—¿Quieren comer?

—Sí —respondieron ambos al mismo tiempo.

La campesina semejó tranquilizarse al oír que deseaban comer; el gesto de su rostro se suavizó.

—Pasad, os prepararé algo. Debéis de haber pasado mucho frío, porque la nieve se ha helado. Pasad, pasad.

La siguieron. La mujer ya tenía el fuego encendido, un fuego al que Folie se acercó para calentar su cuerpo aterido.

En silencio, la mujer les preparó dos grandes tazones de leche y puso

sobre la mesa un bote de café listo para disolver. También les sirvió unos huevos fritos y bacon frito con pan, todo lo cual hizo que Folie recuperara fuerzas.

—¿Os sentís mejor ahora? —preguntó la campesina.

—Oh, sí —dijo Folie.

La mujer salió, dejándoles solos en el ancho y cálido comedor, de paredes oscurecidas por los humos.

—Afuera he dejado dos bidones de diez litros cada uno llenos de gasolina, creo que será suficiente.

—Magnífico —aprobó Michel.

—Ve a poner la gasolina en tu coche y vuelve a recoger a la chica. No es necesario que ella haga el camino de nuevo; tiene los pies mojados por la nieve.

—Es cierto —admitió Folie.

—Descálzate y pon los zapatos junto a la chimenea; yo te dejaré unas zapatillas.

—Gracias.

Michel preguntó:

—¿Cuánto le debo por todo?

—Ciento veinte francos serán suficientes.

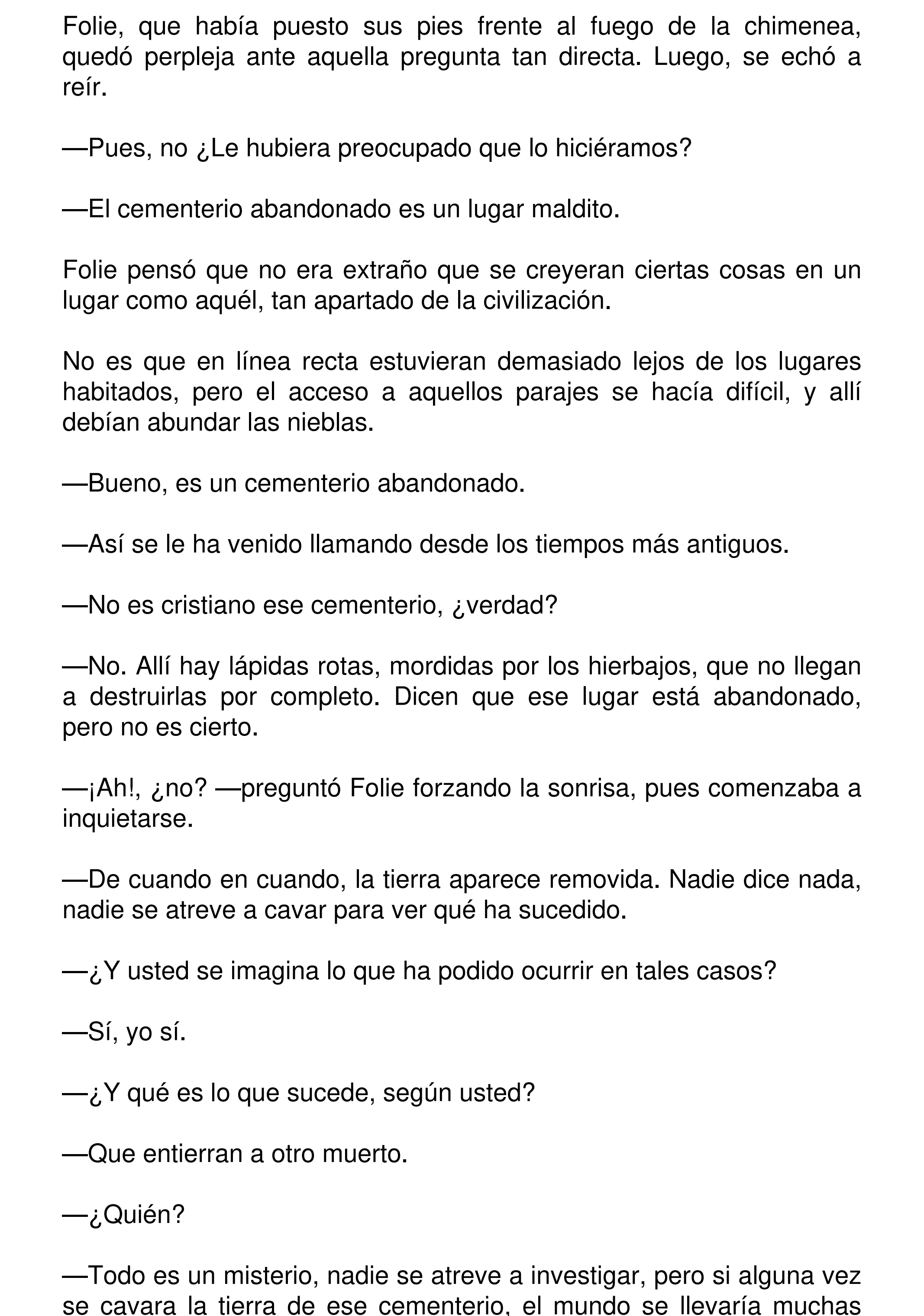
—De acuerdo —aprobó Michel, dejando sobre la mesa ciento veinticinco francos.

La mujer los tomó sin dar las gracias por los cinco sobrantes.

—Volveré pronto, Folie; aquí estarás mejor.

Michel se alejó con la gasolina, diez litros en cada mano.

—¿Habéis hecho el amor esta noche?


Folie, que había puesto sus pies frente al fuego de la chimenea, quedó perpleja ante aquella pregunta tan directa. Luego, se echó a reír.

—Pues, no ¿Le hubiera preocupado que lo hiciéramos?

—El cementerio abandonado es un lugar maldito.

Folie pensó que no era extraño que se creyeran ciertas cosas en un lugar como aquél, tan apartado de la civilización.

No es que en línea recta estuvieran demasiado lejos de los lugares habitados, pero el acceso a aquellos parajes se hacía difícil, y allí debían abundar las nieblas.

—Bueno, es un cementerio abandonado.

—Así se le ha venido llamando desde los tiempos más antiguos.

—No es cristiano ese cementerio, ¿verdad?

—No. Allí hay lápidas rotas, mordidas por los hierbajos, que no llegan a destruirlas por completo. Dicen que ese lugar está abandonado, pero no es cierto.

—¡Ah!, ¿no? —preguntó Folie forzando la sonrisa, pues comenzaba a inquietarse.

—De cuando en cuando, la tierra aparece removida. Nadie dice nada, nadie se atreve a cavar para ver qué ha sucedido.

—¿Y usted se imagina lo que ha podido ocurrir en tales casos?

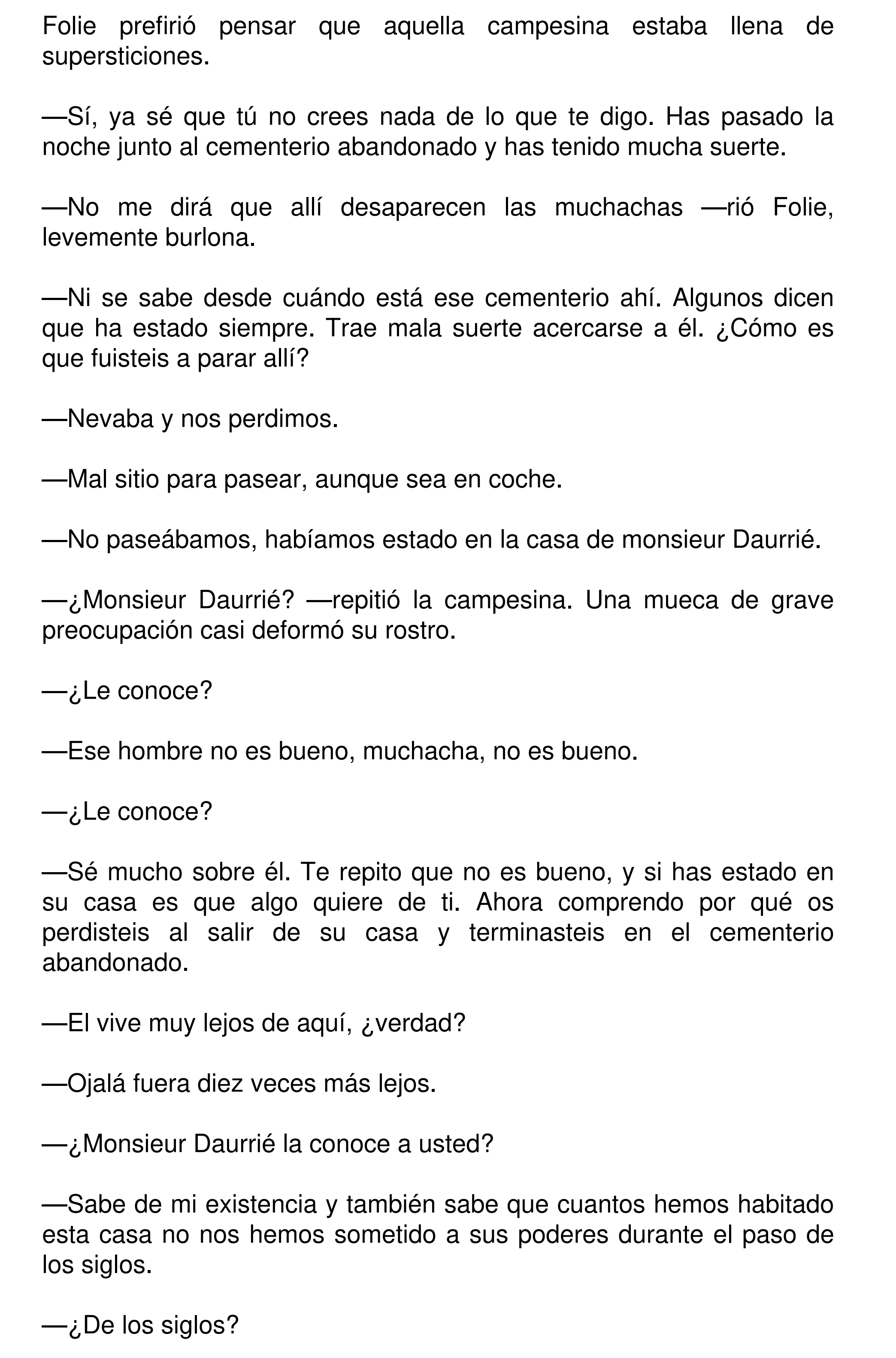
—Sí, yo sí.

—¿Y qué es lo que sucede, según usted?

—Que entierran a otro muerto.

—¿Quién?

—Todo es un misterio, nadie se atreve a investigar, pero si alguna vez se cavara la tierra de ese cementerio, el mundo se llevaría muchas sorpresas.



Folie prefirió pensar que aquella campesina estaba llena de supersticiones.

—Sí, ya sé que tú no crees nada de lo que te digo. Has pasado la noche junto al cementerio abandonado y has tenido mucha suerte.

—No me dirá que allí desaparecen las muchachas —rió Folie, levemente burlona.

—Ni se sabe desde cuándo está ese cementerio ahí. Algunos dicen que ha estado siempre. Trae mala suerte acercarse a él. ¿Cómo es que fuisteis a parar allí?

—Nevaba y nos perdimos.

—Mal sitio para pasear, aunque sea en coche.

—No paseábamos, habíamos estado en la casa de monsieur Daurrié.

—¿Monsieur Daurrié? —repitió la campesina. Una mueca de grave preocupación casi deformó su rostro.

—¿Le conoce?

—Ese hombre no es bueno, muchacha, no es bueno.

—¿Le conoce?

—Sé mucho sobre él. Te repito que no es bueno, y si has estado en su casa es que algo quiere de ti. Ahora comprendo por qué os perdisteis al salir de su casa y terminasteis en el cementerio abandonado.

—El vive muy lejos de aquí, ¿verdad?

—Ojalá fuera diez veces más lejos.

—¿Monsieur Daurrié la conoce a usted?

—Sabe de mi existencia y también sabe que cuantos hemos habitado esta casa no nos hemos sometido a sus poderes durante el paso de los siglos.

—¿De los siglos?

—Sí, de los siglos.

—Habla como si monsieur Daurrié hubiera existido siempre.

—Quizás.

—Eso es una broma, ¿verdad?

—No es una broma; monsieur Daurrié es el hombre que vive ahora en la Casa de los Cuatro Vientos.

—¿Cuatro vientos?

—Así se la ha llamado siempre debido al lugar en que se halla. Siempre ha sido azotada por todos los vientos.

—Ayer no hacía viento.

—Cierto, ayer nevó. Aquél es un lugar muy especial; allí se mezcla el ulular del viento con los aullidos de perros a través de los siglos.

—¿Usted se considera también inmortal? —inquirió Folie, casi riéndose. Pero era la suya una risa forzada, una risa de la que no estaba segura.

—Las tradiciones orales se han sucedido con fidelidad; por eso sabemos a qué atenernos y cómo mantenernos al margen de los poderes de monsieur Daurrié, el amo de la Casa de los Cuatro Vientos.

—¿Se molestará si le hago alguna pregunta?

La mujer se rió levemente.

—¿Vas a preguntarme si soy una bruja? —inquirió.

—Bueno, no así tan crudamente.

—Yo sé muchas cosas, muchacha; por eso le he pedido al joven que iba contigo que fuera a buscar el coche. Tardará un poco, pero no temas, volverá. Me he dado cuenta de que tienes problemas.

—¡Ah!, ¿sí?

—Sí, y no sólo se trata de que hayas pasado la noche fuera de tu casa; a tus padres les habrá inquietado, pero a ti te preocupaban otras personas.

—¿Quiénes?

—Personas a las que buscas y no encuentras.

—¿Cómo lo sabe?

—Muchacha, si me lo estás diciendo a gritos. Claro está que una persona normal no puede captarlo, pero quien es como yo o como monsieur Daurrié, sí lo capta. Y tú, tú gritas tu angustia.

—No, usted no sabe nada; no puede saberlo, no nos conocemos.

—Aunque no te des cuenta, tú estás gritando los nombres de Justine y Perle.

—¡No es posible! —saltó Folie, apartándose de la mujer. El miedo había vuelto de golpe a ella; sin embargo, la campesina la miraba sonriendo.

—Muchacha, no me temas, yo trato de ayudarte. Los moradores de esta casa siempre nos hemos llevado bien con los amos de la Casa de los Cuatro Vientos y, ha sido precisamente porque nos hemos respetado. Antiguamente, por estos contornos vivían otras gentes, pero las casas fueron siendo abandonadas. El tiempo las ha ido destruyendo y los árboles han crecido dentro de ellas, ocultándolas, pero existen. Muchacha, yo no te conozco a ti, pero me gustaría ayudarte.

—¿Cómo?

—No sé, quizás ayudándote a encontrar a tus amigas desaparecidas… Porque no vas a negarme que esa Justine y esa Perle a las que llamas sin saberlo, sin oírte a ti misma, han desaparecido.

A Folie le parecía increíble que aquella campesina de aspecto tan rudo e inculto pudiera hablar de semejante manera. Aquella mujer que parecía sólo capacitada para estar con los animales de granja, ¿cómo podía adivinar su pensamiento? ¿Cómo podía saber que sentía angustia por Justine y Perle?

—Las gentes de la ciudad creen que sólo ellas saben de todo, pero lo que ignoran es que han despegado, que habéis despegado vuestros pies de la tierra. Habéis puesto asfalto y pavimento entre vuestros pies y la tierra, y estáis incomunicados con la madre Naturaleza. Cuando oís el canto de un pájaro, no sabéis de qué pájaro se trata. Cuando veis un árbol, os da lo mismo a qué especie pertenezca. ¿Acaso conoces tú el recorrido de la luna en el firmamento en determinado mes del año? ¿Podrías adivinar si va a haber tormenta por las huellas que dejan los pequeños animales? No, no sabéis tanto como creéis. Podría enseñarte muchas cosas y seguramente me llamarías bruja, pero no me importa. Cuando te hayas ido de aquí con tu amigo, olvidarás muchas cosas y hasta podrás reírte de mí, pero yo puedo ayudarte —insistió, finalizando sus comentarios.

Más dueña de sí, Folie preguntó:

—¿Cómo?

—Yo puedo ponerte en comunicación con ellas.

—¿Sabe dónde están?

—No, pero quizás ellas puedan decírtelo.

—No entiendo nada. ¿Acaso llamando por teléfono?

—Aquí no hay teléfono. Yo vivo aquí sola con mi marido que está por ahí cortando leña; mi hijo está en el ejército. No, lo que yo puedo hacer es que te comuniques con ellas, si es que lo deseas profundamente.

—Sí, lo deseo.

—Te advierto que el miedo puede ser superior a tus fuerzas y existe un peligro.

—No importa.

—Es mejor que sepas que existe ese peligro —subrayó, repitiendo la advertencia.

—¿Cuál peligro? —inquirió Folie, resuelta a seguir adelante. Se había convencido de que aquella campesina tenía extraños poderes.

—La locura.

—¿Puedo volverme loca?

—Si no resistes el miedo, sí.

—Resistiré.

—De acuerdo, tú lo has querido —le dijo, avanzando hacia ella y tomándola por el brazo.

Folie sintió el frío del suelo de madera bajo sus pies desnudos. Mas, pese al frío, las plantas de sus pies comenzaron a sudarle, y fue dejando huellas húmedas tras de sí.

CAPITULO IX

La habitación era grande.

La campesina alta, huesuda, se acercó al espejo que había sobre el tocador y tiró de uno de sus lados como si se tratara de una ventana.

Apartó el brillante espejo para dejar al descubierto otro espejo, pero éste era negro y apenas se podía ver nada reflejado en él.

Puso dos velas gruesas de color rojo a ambos lados del espejo. Luego, sacó unas tijeras y se acercó a la melena lacia y rubio oscuro de la joven. Folie, instintivamente, se echó hacia atrás.

—Sólo serán unos pocos cabellos, no se notará nada.

Folie tragó saliva y la dejó hacer. La campesina le cortó dos pequeños mechones de cabello que ató con un hilo. Colgó un mechón en cada vela y después, con un fósforo, las encendió.

Se acercó a la ventana y cerró el doble postigo. Folie comenzaba a sentir miedo. Era consciente de que se estaba acercando demasiado al mundo de lo oculto, al mundo de los poderes de la mente, un mundo que ella no dominaba y en el que podía ser una víctima.

El peligro de la locura se cernía sobre ella. La bruja campesina (o quizás exorcista, para nombrarla con más propiedad) se lo había advertido.

—¿Estás dispuesta?

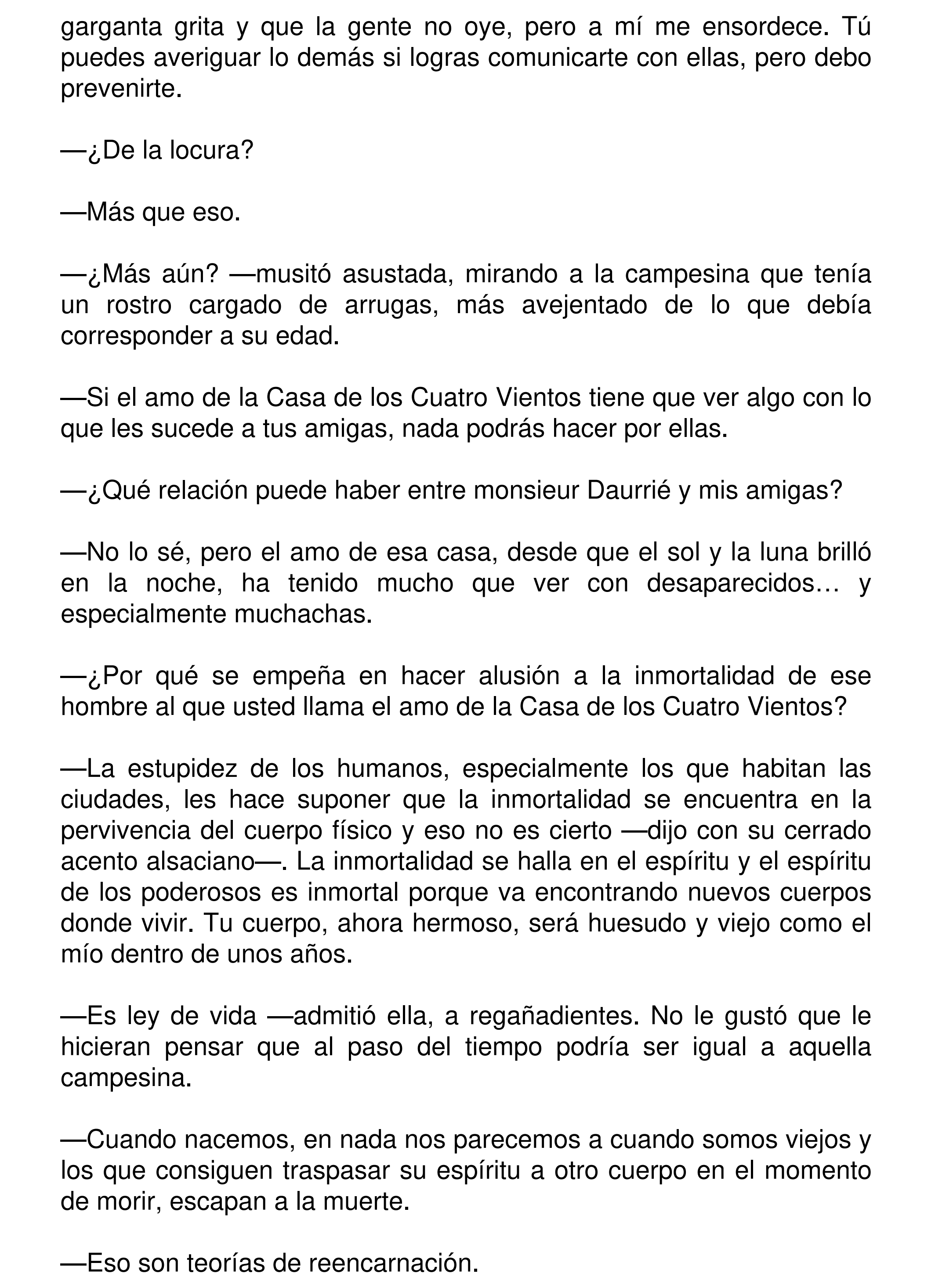
Tardó en responder; su voz sonó menos segura de lo que la propia Folie deseaba.

—Sí.

—Nadie te obliga a hacer lo que vas a hacer, muchacha, nadie. Puedes terminar antes de empezar.

—Quiero saber dónde están Justine y Perle; sé que corren peligro.

—Yo no lo sé, muchacha; yo sólo sé lo que tú sufres, lo que tu



garganta grita y que la gente no oye, pero a mí me ensordece. Tú puedes averiguar lo demás si logras comunicarte con ellas, pero debo prevenirte.

—¿De la locura?

—Más que eso.

—¿Más aún? —musitó asustada, mirando a la campesina que tenía un rostro cargado de arrugas, más avejentado de lo que debía corresponder a su edad.

—Si el amo de la Casa de los Cuatro Vientos tiene que ver algo con lo que les sucede a tus amigas, nada podrás hacer por ellas.

—¿Qué relación puede haber entre monsieur Daurrié y mis amigas?

—No lo sé, pero el amo de esa casa, desde que el sol y la luna brilló en la noche, ha tenido mucho que ver con desaparecidos… y especialmente muchachas.

—¿Por qué se empeña en hacer alusión a la inmortalidad de ese hombre al que usted llama el amo de la Casa de los Cuatro Vientos?

—La estupidez de los humanos, especialmente los que habitan las ciudades, les hace suponer que la inmortalidad se encuentra en la pervivencia del cuerpo físico y eso no es cierto —dijo con su cerrado acento alsaciano—. La inmortalidad se halla en el espíritu y el espíritu de los poderosos es inmortal porque va encontrando nuevos cuerpos donde vivir. Tu cuerpo, ahora hermoso, será huesudo y viejo como el mío dentro de unos años.

—Es ley de vida —admitió ella, a regañadientes. No le gustó que le hicieran pensar que al paso del tiempo podría ser igual a aquella campesina.

—Cuando nacemos, en nada nos parecemos a cuando somos viejos y los que consiguen traspasar su espíritu a otro cuerpo en el momento de morir, escapan a la muerte.

—Eso son teorías de reencarnación.

—¿Y tú no crees en ellas?

—No.

—Dios te guarde de los espíritus poderosos que consiguen la inmortalidad.

—¿Usted cree en Dios?

—Sí, quizás no como te han enseñado a ti que debe creerse, pero sí creo.

—No me siga hablando de espiritismo, por favor.

—Antes de empezar, debes saber que los espíritus que no se reencarnan quedan en el espacio. Me has dicho que te llamas Folie, ¿verdad?

—Sí.

—Me situaré tras de ti y haré unos conjuros. Es posible que no entiendas lo que yo diga, son palabras muy antiguas.

Folie deseó preguntarle si estaban escritas en alguna parte, pero no lo hizo.

—¿Qué es lo que sucederá?

—Tú vas a concentrar tu mirada en el espejo negro. Alargarás tus manos y rodearás con ellas las velas, como si tuvieras que sujetarlas para que no caigan. Sentirás su calor, pero no abras ninguna de las dos manos aunque la cera ardiendo caiga sobre tu piel.

Folie alargó sus manos tal como pedía la extraña campesina y rodeó cada una de las velas que se hallaban a derecha e izquierda del espejo, aunque ella, centrada frente al espejo, podía ver las dos llamas reflejadas en él.

Sintió sobre sus omoplatos las manos de aquella mujer y un escalofrío recorrió su espinazo. Las manos de la campesina se acercaron a su nuca y presionaron sobre ella mientras murmuraba palabras incoherentes. Luego, sus palabras se hicieron más y más herméticas.

Lanzó un agudo grito cerca de los oídos de Folie y ésta se crispó tanto que clavó sus uñas en la cera de las velas. El miedo subió más grados dentro de su espíritu y quiso terminar con aquella ceremonia, pero al

querer soltar las velas, ya no pudo. Era como si sus manos se hubieran soldado a las propias velas.

Aumentó la tensión y las velas oscilaron. La cera ardiente se derramó sobre el dorso de sus dedos y chilló.

Jadeante por el dolor y el miedo, cuando volvió a clavar sus ojos en el espejo negro vio con espanto el rostro de Justine. Estaba blanco, muy blanco, y quizás lo parecía más porque todo a su alrededor era negro.

Folie ya no se veía a sí misma reflejada en aquel misterio so espejo negro; tampoco veía ya a la campesina que seguía presionando con sus dedos en su nuca y cuello, efectuando un raro masaje que formaba parte del ceremonial del conjuro.

—No, no puede ser, tú no estás ahí —tartamudeó Folie.

—Sí, estoy aquí. Me has llamado y he venido. Folie… He venido, pero sólo en espíritu. He escapado de mi cuerpo mediante el viaje astral para acudir a tu llamada.

—No es posible… —murmuró Folie. Agitó la cabeza y notó la presión de los dedos de la campesina que la sujetaban. Seguían presionándole como para activar mejor la circulación sanguínea de su cerebro.

—Justine, Justine, ¿estás viva?

—Sí, estoy viva, pero cautiva.

—¿Cautiva de quién? —preguntó a la imagen que aparecía ante sus ojos en el espejo negro, aquel espejo que semejaba una ventana a otra dimensión, al mundo de los espíritus.

—El mago Tnan me tiene cautiva. Me reserva para la gran ceremonia de su reencarnación.

—No puede ser, Justine, no puede ser. Todo esto es producto de mi mente, es una alucinación.

—¿Y Perle?

Junto al rostro de Justine se formó otro rostro que no tardó en reconocer de inmediato.

—¡Perle! —clamó Folie.

—¿Me has llamado?

—Si. ¿Estás viva?

—Sí, pero cautiva.

—¿Dónde estáis?

—En el recinto tumular —respondió Justine.

—¿Y dónde está ese recinto?

—No hagas más preguntas, Folie. Olvídanos, olvídanos, olvídanos… —repitieron.

—¡Esperad, esperad, no os vayáis! ¿Quién os tiene cautivas?

—El mago Tnan.

—¿Y quién es en realidad el mago Tnan?

—El amo de la Casa de los Cuatro Vientos —revelaron las dos al mismo tiempo.

—¡No es posible, es un viejo!

—No nos busques, Folie. La ceremonia de la reencarnación será sangrienta. No nos busques, tu sangre podría manchar también la piedra de los sacrificios.

—¿También? ¿Quién va a morir?

—Habrá un sacrificio y nosotras estamos dispuestas a ello. Nuestro amo y señor así lo ordena.

—¡Yo no puedo consentirlo! ¡Volved, volved, no estáis en el pasado, ahora no ocurren estas cosas, no ocurren!

De pronto, se desdibujaron los rostros y en su lugar aparecieron dos grandes ojos, dos ojos que no eran humanos sino diabólicos, dos ojos amarillentos con un iris estrecho y largo en vertical.

Desde detrás de aquellos ojos brotó un rugido como de una bestia aterradora dispuesta a saltar sobre su presa.

De súbito, las huesudas y rudas manos de la campesina le cubrieron los ojos para protegerla de la maldad de aquellos otros ojos enormes que habían aparecido en el espejo oscuro, borrando los rostros de Justine y Perle.

Como si unos colmillos enormes, largos, curvos y ardientes hubieran hecho presa en su vientre, Folie chilló y chilló, mientras toda ella temblaba.

Las velas parecía que fueran a partirse entre sus manos, y las llamas oscilaban produciendo sombras endemoniadas en las paredes, sombras que Folie no veía porque sus ojos se hallaban cubiertos por las manos huesudas de la campesina.

Sintió un extraño soplo en los oídos y se fue tranquilizando. Sin darse cuenta, pudo separar sus manos de las velas. Las manos de la campesina se separaron de sus ojos, y ya todo pareció normal ante ella.

La campesina abrió las contraventanas y entró la luz del día. Apagó las velas y, tomando las manos de Folie, las limpió con una toalla impregnada de un aceite aromático que calmó el escozor de las ligeras quemaduras producidas por la cera líquida.

—Ya pasó todo —le dijo la campesina, tranquilizándola.

Sonaron unos fuertes toques de claxon. La mujer empujó suavemente a Folie hacia la puerta, diciéndole:

—Tu hombre te está esperando. Es mejor que no le cuentes nada, no te iba a creer.

Folie salió de la casa aturdida, como si acabara de despertar de un profundo sueño.

Michel le abrió la portezuela del vehículo y ella se acomodó en el asiento.

La campesina quedó en la puerta, saludando levemente con la mano.

En la casa seguían mugiendo las vacas y cloqueando unas gallinas.

Un grupo de ocas protestonas iban de un lado a otro como buscando un camino a seguir.

—He tardado un poco más porque el coche no se ponía en marcha — se disculpó Michel.

—Vámonos, vámonos pronto, regresemos a París.

—¿Te sucede algo? Estás muy extraña. No he podido venir antes; ya te he dicho que el coche no arrancaba.

—No tiene importancia, vamos.

El pequeño coche rodó por el tortuoso camino en busca de la carretera. Atrás quedaban los misteriosos conjuros y con el brillo del sol, Folie comenzó a dudar de su propia lucidez. Ya no sabía si era cierto o no lo que había visto en el espejo oscuro. Una ceremonia de reencarnación, sacrificios sangrientos y luego, aquellos ojos malditos…

De súbito, se echó a llorar. Michel pisó el freno, detuvo el coche y encarándose con ella, preguntó:

—¿Se puede saber qué te ocurre?

—Michel, Michel, tengo miedo —sollozó, refugiando su rostro contra el cuerpo de él, aferrándose al anorac masculino casi con desesperación.

Michel la abrazó contra sí y le pidió:

—Cálmate, tranquilízate. Todo ha pasado, todo.

Folie agradeció aquellos brazos que le oprimían, aquel calor humano, aquella comunicación que Michel le ofrecía, pero se dijo que era mejor no contarle lo sucedido; si lo hacía, la tomaría por loca.

CAPITULO X

Michel estaba en su estudio, sumergido en montones de libros. Le rodeaban libros técnicos y muchos grabados mostrándole las obras arquitectónicas destacables en todo el planeta Tierra.

Poseía muchos grabados sobre cimentaciones y sótanos, pues en ello basaba su tesina; sin embargo, ahora estaba con los ojos clavados en un libro que hablaba de los druidas.

Después de la visita a la mansión de Daurrié, el tema le interesaba mucho.

Estuvo mirando un grabado en el que aparecía un sacerdote druida. Iba vestido con un sayal negro y de su mandíbula colgaba una gran barba.

Aquel libro advertía de los poderes conseguidos por los druidas en su tiempo, poderes temidos por los romanos que los combatieron intentando aniquilarlos sin conseguirlo. La cultura, la religión druida, estaba demasiado arraigada en el pueblo celta de Britania y de la Galia. Sólo se enmascaró con nuevos rituales los antiguos, que persistían aunque fuera con distintos nombres y frente a imágenes de dioses o santos de otras religiones. La mesa, el altar de los sacrificios, continuaba siendo el mismo.

Lo que más impresionaba a Michel era la creencia de los druidas respecto a la metempsicosis. Según esta teoría y por lo que podía deducirse del libro que tenía abierto ante sus ojos, sacerdotes druidas se habían reencarnado en otros sacerdotes que profesaban religiones muy distintas a la druida; pero ellos, en espíritu, seguían siendo druidas aunque no lo pregonaran.

Sus poderes eran los atávicos en su religión, por ello siempre terminaban por destacar entre otros sacerdotes.

El timbre del teléfono le arrancó de su abstracción, del mundo que le rodeaba. Dejó que sonara varias veces antes de descolgarlo.

—¡Michel!

—Gerard…

—Michel, ¿sabes algo de Perle?

—No.

—¿La policía tampoco sabe nada?

—Nada —respondió, lacónico.

—Michel, ¿vas a decirme que me he vuelto loco?

—¿Yo, por qué? —preguntó, sorprendido.

—Bueno, tengo que decírselo a alguien.

—Vamos, suéltalo de una vez. ¿Qué te sucede?

—Es que dentro de mi cabeza siento que Perle me llama.

—¿Que Perle te llama?

—Sí, me llama, oigo voces dentro de mi cabeza.

—Oye, ¿has visitado últimamente a algún psiquiatra?

—Ya te he dicho que ibas a pensar que estoy loco.

—Está bien, no he querido decir eso. Debes estar obsesionado; Perle te gustó ya al conocerla. Luego, desapareció y ahora, notas su ausencia. Lo que yo pienso es que estás enamorado.

—Me ocurre algo muy raro. Ha estado llamando el teléfono muchas veces y cuando descuelgo, no oigo nada.

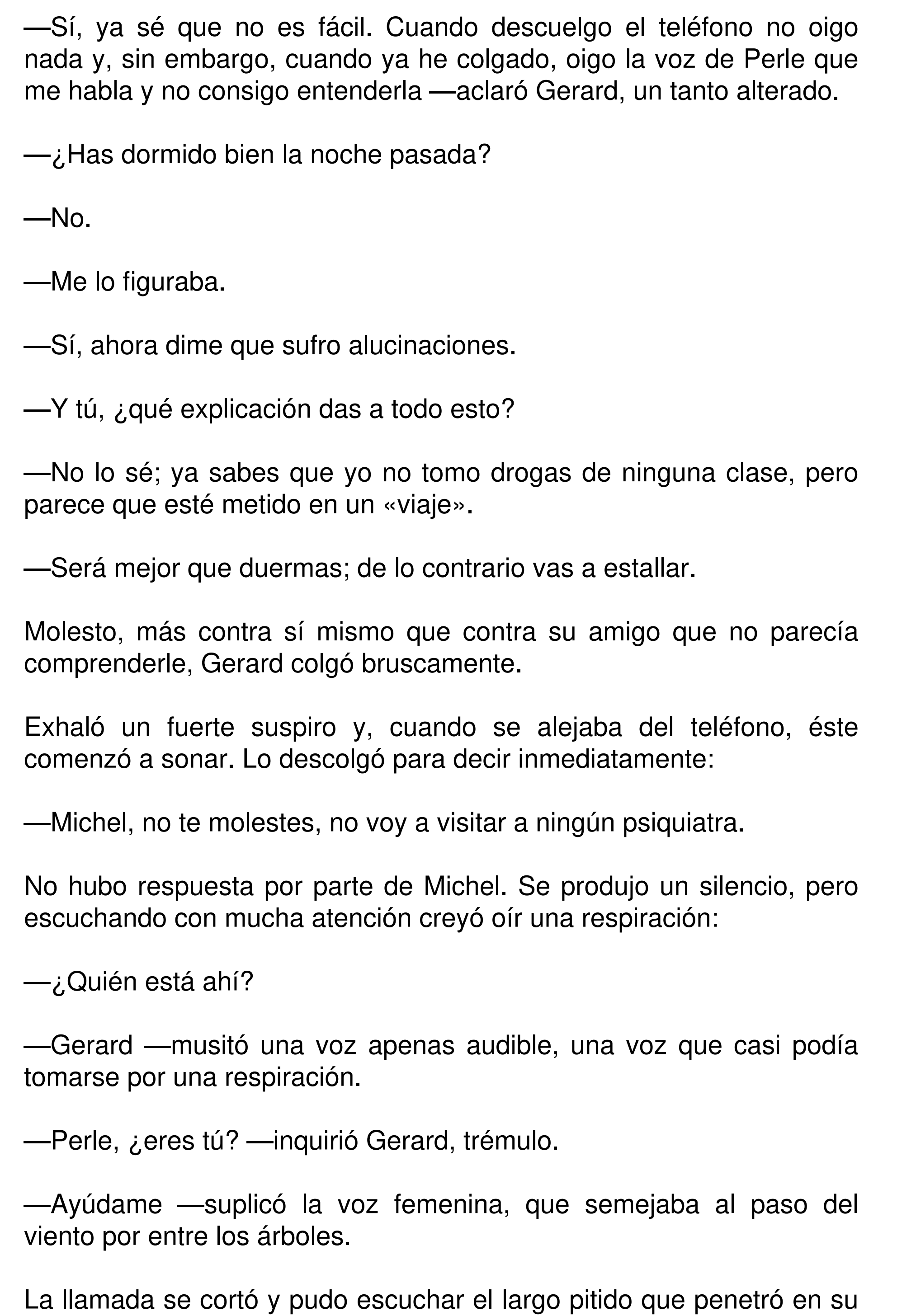
—Será algún cruce, debes avisar a la compañía telefónica.

—Es que tengo la impresión de que me están hablando…

—¿Cómo puedes decir que te hablan si no oyes nada por el teléfono?

—Así es, y ahora que te lo explico, yo mismo pienso que estoy loco. La verdad, Michel, creí que tú me comprenderías.

—Trato de hacerlo.



—Sí, ya sé que no es fácil. Cuando descuelgo el teléfono no oigo nada y, sin embargo, cuando ya he colgado, oigo la voz de Perle que me habla y no consigo entenderla —aclaró Gerard, un tanto alterado.

—¿Has dormido bien la noche pasada?

—No.

—Me lo figuraba.

—Sí, ahora dime que sufro alucinaciones.

—Y tú, ¿qué explicación das a todo esto?

—No lo sé; ya sabes que yo no tomo drogas de ninguna clase, pero parece que esté metido en un «viaje».

—Será mejor que duermas; de lo contrario vas a estallar.

Molesto, más contra sí mismo que contra su amigo que no parecía comprenderle, Gerard colgó bruscamente.

Exhaló un fuerte suspiro y, cuando se alejaba del teléfono, éste comenzó a sonar. Lo descolgó para decir inmediatamente:

—Michel, no te molestes, no voy a visitar a ningún psiquiatra.

No hubo respuesta por parte de Michel. Se produjo un silencio, pero escuchando con mucha atención creyó oír una respiración:

—¿Quién está ahí?

—Gerard —musitó una voz apenas audible, una voz que casi podía tomarse por una respiración.

—Perle, ¿eres tú? —inquirió Gerard, trémulo.

—Ayúdame —suplicó la voz femenina, que semejaba al paso del viento por entre los árboles.

La llamada se cortó y pudo escuchar el largo pitido que penetró en su cerebro como si fuera un maligno taladro. Apartó el teléfono y lo colgó con brusquedad. Luego, se apretó ambos oídos con las manos.

—¡Perle!

Tuvo la impresión de oír la voz de la muchacha dentro de su mente.

«Ven, ven, ven…» repetía.

Salió de la casa preguntándose:

—¿Adónde, adónde?

«Sigue, sigue adelante…»

—¿Por dónde, por dónde?

Comenzaba a lloviznar, era más bien aguanieve. La gente se protegía con sus abrigos, con sus paraguas. Los coches rodaban rápida y atrevidamente por las calles como buscando un refugio. Era algo instintivo, algo atávico querer escapar del aguanieve.

Gerard subió a su motocicleta de poca cilindrada, motocicleta que había comprado un año antes, usada, y quizás ya de tercera mano.

«No, por ahí no, por ahí no», le decía la voz de Perle, una voz que sólo él oía mientras el motor de su vieja motocicleta roncaba.

Un gendarme trató de detenerle. Gerard iba como drogado, siguiendo a la voz de Perle que le guiaba.

«Estoy delante de ti», le dijo Perle, o a él se lo pareció. La voz de la joven resonaba en su cerebro como si estuviera dentro de él.

Teatro Mai-68.

Acababa de leer el rótulo del viejísimo teatro. Apretó el freno y se detuvo bruscamente.

Resonó el chirriar de unas ruedas y luego, un violento golpe. Gerard y su moto fueron lanzados contra la acera.

Su cabeza se estrelló contra el escalón que separaba la acera del vestíbulo del teatro.

Varios curiosos se acercaron. Las ruedas de la motocicleta giraban lentamente mientras producía un infernal ruido, chirriante. El motor

seguía funcionando.

Un hombre se detuvo junto a la máquina y paró el motor.

Otros se acercaron a Gerard que había quedado con los ojos abiertos. De su cabeza manaba gran cantidad de sangre y masa encefálica.

—No he podido hacer nada por evitarlo, no he podido hacer nada… Se ha cruzado delante de mí y se ha detenido de golpe… Iba como drogado —repetía un hombre de aspecto maduro, buscando a posibles testigos que le ayudaran para no perderse en un proceso que podría caerle encima como una pesada losa, aplastándole.

CAPITULO XI

Folie llamó a la puerta del estudio de Michel, un estudio que consistía en una estancia y un cuarto de aseo. La estancia era para Michel lugar de estudio, sala de estar y dormitorio, pues la cama se encerraba dentro de una estantería.

El lugar era pequeño, pero le costaba sus buenos francos, dinero que él pagaba de la herencia que le legara su madre. Aún no había terminado sus estudios para poder ganar dinero en su profesión, aunque sí había hecho algunos trabajos como ayudante de arquitectos en ejercicio.

—Pasa, pero saldremos de inmediato.

—¿Adónde?

—¿No querías ver el sótano del teatro Mai-68?

—Sí, pero… —balbuceó Folie.

—Pero, ¿qué?

—Nada, es que tengo miedo.

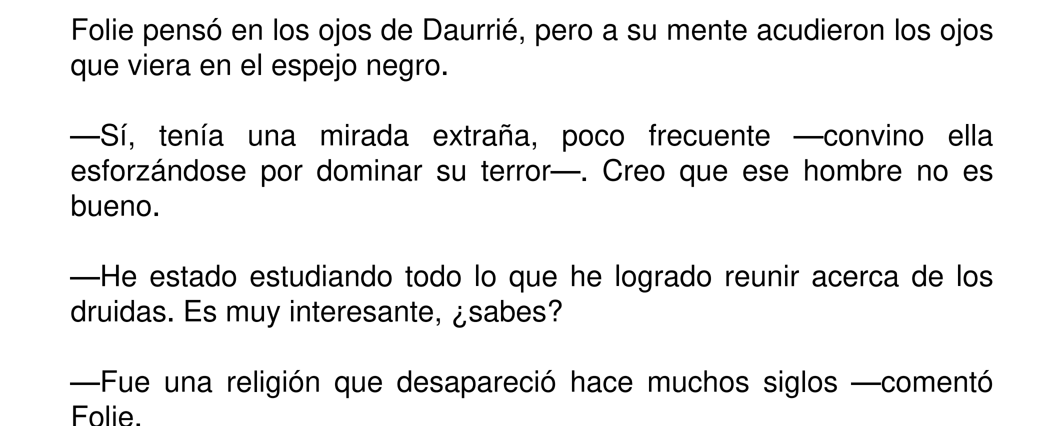
—¿Miedo a bajar a un sótano?

—No me hagas mucho caso. Sí, tengo ganas de verlo —afirmó, prendiendo el brazo de Michel y alzándose de puntillas para darle un beso.

—Desde que estuvimos en la casa de Daurrié y en el cementerio, estás muy rara.

—Todo me impresionó mucho —confesó Folie, sin contar la ceremonia espiritista que había celebrado con la campesina, una ceremonia en la que pudo contactar con los espíritus de Justine y Perle.

—A mí también me impresionó Daurrié; tenía algo especial. Creo, creo que eran sus ojos.



Folie pensó en los ojos de Daurrié, pero a su mente acudieron los ojos que viera en el espejo negro.

—Sí, tenía una mirada extraña, poco frecuente —convino ella esforzándose por dominar su terror—. Creo que ese hombre no es bueno.

—He estado estudiando todo lo que he logrado reunir acerca de los druidas. Es muy interesante, ¿sabes?

—Fue una religión que desapareció hace muchos siglos —comentó Folie.

—Yo no estoy tan seguro de que desapareciera. Ya he empezado a creer en eso de que existen tipos mesiánicos o sacerdotes de otras religiones que esconden a un sacerdote druida dentro. Las fechas que celebran, los lugares de peregrinación a donde acuden, no son lugares nuevos o actuales; eran lugares religiosos y mágicos mucho antes de que existiera la religión cristiana.

—No me irás a hacer creer que tú piensas en los druidas como algo actual, precisamente ahora que estamos en la era tecnológica, en la era de los chips.

—No, yo no creo, pero pienso que sí hay quienes creen.

—¿Monsieur Daurrié? —sugirió Folie, buscando los ojos de Michel.

—Aquí tengo un libro que habla de los sacerdotes druidas. Leyéndolo atentamente acabas por ver la personalidad de esos individuos y te das cuenta de que se han ido repitiendo. Sólo han cambiado de hábitos y no creas que demasiado; sayales negros que recuerdan otras indumentarias, aparente paciencia y bondad, pero en el fondo son personajes crueles e implacables con los que no se identifican con sus ideas, y por tanto se convierten en sus enemigos.

—¿Piensas que es un tipo de personaje que se repite?

—Más o menos; ya sabes que ellos creían en la metempsicosis.

—Sí, en la reencarnación.

—Yo no creo en la reencarnación.

—Yo tampoco —confesó Folie.

—No obstante, ha habido muchos personajes en la historia que sí creían, desde Arthur Conan Doyle, el novelista creador de Sherlock Holmes, al general Patton, vencedor en el Norte de Africa e Italia durante la Segunda Guerra Mundial… Y así podríamos hacer una larga lista.

—Lo sé, pero sigo sin creer.

—Sin embargo, tienes miedo.

—Sí, tengo miedo, o miedos, en plural.

—¿Miedo a los espíritus?

—Eso es atávico, superior a lo que se pueda creer conscientemente.

—Exacto, una cosa es lo que creemos conscientemente y otra, lo que creemos inconscientemente.

—Hay algunas respuestas para eso.

—¿Cuáles? —preguntó Michel.

—En tu infancia pueden grabarte esos miedos en el cerebro… Ya sabes, en los colegios o en tu hogar, nunca faltan las historias contadas por abuelos o vecinas con ínfulas de brujas. En la edad adulta olvidamos esas influencias pero en la vejez, cuando se pierde la seguridad, cuando se teme a la muerte, reaparecen miedos que nos han metido en el cerebro durante la infancia. Ya sabes que nada se olvida, todo queda archivado en la memoria.

—Tu explicación me parece buena, Folie —admitió Michel—, pero hay algo más.

—¿El qué?

—Hay los que creen que son seres reencarnados…, no los que creen en la reencarnación en general, sino los que ya creen que en ellos mismos reside un espíritu que ha saltado de cuerpo en cuerpo a través de los tiempos, llevando siempre consigo el bagaje de las experiencias acumuladas.

—¿Te estás refiriendo concretamente a monsieur Daurrié?

—Sí, pienso que él se cree un reencarnado.

—Pero, eso hay que tomarlo como una locura o como una excentricidad.

—He estado recordando a ese hombre y pienso que él se considera un sacerdote druida.

—¿Y podría ser peligroso?

Michel se encogió de hombros.

—Eso, nunca se sabe. Lo que sí está claro es que los sacerdotes druidas hacían sacrificios humanos en sus ceremonias.

—¿Y le crees a él capaz de semejante aberración?

—A él y a otros muchos; pero, ya hablaremos más de todo esto.

—Michel, será mejor no volver jamás a la Casa de los Cuatro Vientos.

—¿Tienes miedo?

—Sí.

—Eres sincera y eso me gusta. Cuando haya visto los sótanos del teatro Mai-68, entregaré la llave al gestor del teatro y él ya se encargará de devolverla a monsieur Daurrié.

—Mejor así. Yo creo que ese teatro tiene mucho que ver con las desapariciones de Justine y Perle —expuso ella.

—Si así lo crees, díselo a la policía.

—Mejor veamos primero el teatro; luego, luego ya decidiré.

—Entonces, vamos. Tengo la llave de las puertas que me ha facilitado el gestor y la del sótano que nos entregó el propio monsieur Daurrié.

Abandonaron el estudio y subieron al pequeño coche con el que se acercaron al teatro Mai-68. Mientras aparcaban junto a la acera, vieron a un furgón de la gendarmería de tráfico.

—Mira, se llevan una moto. Se parece a la de Gerard.

Folie tuvo un mal presentimiento, pero prefirió callárselo.

—¿Te ha preguntado por Perle?

—Sí, mucho, está obsesionado. Me ha telefoneado diciéndome que la oye.

—¿La oye?

—Sí, por teléfono, pero no está seguro.

—Tendremos que hablar con Gerard. A mí me llamó Justine.

—Quizás estén en un lugar donde hay un teléfono y lo han utilizado.

—¿Y por qué no llaman a la policía, si están raptadas?

—Porque quizá no están contra su voluntad. Hay chicas que desaparecen para luego ser encontradas en prostíbulos más o menos enmascarados; y como saben que están allí en parte por culpa suya, no quieren avisar a la policía… o acaso temen recibir una paliza si hablan demasiado.

—Justine me dijo que estaba cautiva y que necesitaba ayuda, pero que no acudiera a ella porque me pasaría algo malo.

—¿Todo eso te dijo?

Folie recordó que, algo de lo que acababa de explicar, Justine se lo había dicho por teléfono, pero el resto se lo contó en la ceremonia del espejo.

—¿Qué hacemos? Ya estamos en el teatro —dijo Folie sin contestar a la pregunta; no deseaba hablar más de Justine y Perle.

—Vamos.

Se acercaron a las puertas de madera reforzadas con perfiles de hierro. Folie miró al suelo, estaba manchado.

—Es sangre —musitó.

Michel lo observó con más atención.

—Sí, eso parece, alguien lo ha pasado mal aquí.

—¿Crees que alguien ha muerto?

—No lo sé, pero si te interesa mucho, por la noche llamaremos a la gendarmería y nos lo dirán.

A la mente de Folie acudió la imagen de la motocicleta que fuera cargada en el furgón policial, furgón que ya se había alejado. Y ahora allí, salvo el reguero de sangre, todo parecía normal. Asoció la moto con las palabras de Michel que había dicho: «Parece la moto de Gerard».

Un perro se acercó a olfatear la sangre, y cuando el animal callejero sacó la lengua para lamerla, Folie dio un grito de espanto. Michel miró al perro y le dio una patada. El animal saltó por el aire y terminó alejándose, aullando de dolor.

—¡Dios mío, qué repugnante!

—No pienses más en ello. Si no fuera por la pequeña marquesina, la lluvia habría disuelto ya esta sangre.

Introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta del teatro.

CAPITULO XII

La sala del teatro Mai-68 no podía ofrecer un aspecto más deprimente a la luz de las escasas luces piloto. Olía a humedad, y los pasos podían oírse claramente. La soledad era obsesiva. Folie comenzaba a arrepentirse de haber entrado en aquel lugar.

—Hay que subir al escenario, donde encontraremos la puerta que conduce a los sótanos, —indicó Michel.

Su voz resonó en todo el teatro. Subieron los peldaños de madera que daban acceso al escenario desde el patio de butacas.

Folie volvió su mirada hacia la sala y tuvo la impresión de que estaba plagada de seres, seres que ocupaban unas butacas vacías; los espíritus de quienes allí se habían emocionado, reído, llorado. Pensó en Justine y en Perle, que estuvieron sentadas allí, frente al mago Tnan.

—Vamos, sígueme —le pidió el joven, arrancándola de sus meditaciones.

Aceleró el paso y se puso junto a Michel. Descendieron por una escalera de madera situada junto a una pared, y se encontraron en un corredor que se prolongaba bajo el escenario.

Michel comentó:

—Esto son los camerinos para los artistas.

—Más parecen celdas para incomunicados —opinó Folie.

—Sí, es verdad. Sin duda los actores y actrices experimentan una extraña sensación al salir de esta especie de mazmorras y aparecer en al escenario, frente a todo el público.

—Un cambio de situación brutal —asintió Folie.

—Debe de ser aquella puerta del fondo —señaló él.

Apenas había luz. La puerta a la que se enfrentaron era distinta de las otras. Era una puerta muy antigua, no de simples tablas, sino de

gruesos tablones y reforzada con pesados herrajes.

Michel sacó la llave, que brilló a la luz de la linterna que llevaba Folie.

—Preciosa llave —opinó el muchacho, una vez más—. Es digna de figurar en un museo de valiosos objetos antiguos.

La llave entró sin problemas en el agujero de la cerradura, y hubo de girarla cuatro veces antes de que la puerta cediera.

—Vaya cerradura —opinó el joven.

Folie le asió del brazo, reteniéndolo.

—Espera.

—¿Qué sucede?

—Michel, será mejor que nos vayamos.

—¿Miedo?

Ella asintió con la cabeza.

—Es como si adivinara la proximidad de presencias extrañas y negativas. No sé cómo explicarlo, pero es algo como una premonición.

—Yo voy a entrar ahí. Si quieres, tú puedes salir.

—No, te acompañaré —resolvió— pero ahí dentro hay algo, algo temible —insistió asustada.

—Vamos, vamos, estás muy impresionada.

Una húmeda escalera de piedra descendía hacia el fondo del sótano. Se podía oír al gotear del agua en algún rincón.

—¿Habrá luz? —preguntó Folie.

—No lo parece —respondió Michel.

El haz de luz de la linterna fue rasgando las tinieblas, como si descorrieran espesos cortinajes.

Antes de llegar al final de la escalera, ambos quedaron en suspenso ante lo que estaban viendo.

El sótano era inmenso. No sólo ocupaba el espacio del escenario, sino toda la sala de butacas y además, era muy profundo. Del suelo de aquel sótano húmedo y lóbrego hasta el techo, habría más de cinco metros de altura. El techo se hallaba sostenido mediante un entramado de vigas de madera, gruesas y negras como el techo mismo; podridas también y, posiblemente, plagadas de insectos, quizás termes.

Allí donde debía reinar el silencio, podían oírse y distinguirse entre sí mil ruidos distintos: desde el gotear del agua al chillido de las ratas, pasando por el crujido de pilares y vigas de maderas corrompidas que amenazaban con ceder. Era como viajar a bordo de un bajel de madera muy antiguo.

—Todo esto está podrido. Realmente, habría que demolerlo antes de que se produzca una catástrofe con la sala llena.

—A mí me parece horrible —opinó Folie.

—Fíjate, hay dos anillos tumulares.

—¿Dos qué?

—Dos círculos hechos con grandes piedras, de más de tres metros de altura, sujetando los troncos-pilares que sostienen el techo de vigas.

—Esas piedras no tenían que estar puestas así, ¿verdad?

—No. Forman parte de un conjunto tumular megalítico, no me cabe duda, y fueron aprovechadas para sujetar a ellas los troncos que sostienen todo el teatro. ¿No recuerdas los grabados de Stonehenge?

—Es cierto, forman círculos, pero aquellas piedras parecen arcos de puertas o dólmenes más elaborados, y esto son menhires.

—Así es. Este es un lugar mágico.

—¿De los druidas?

—Podría ser.

Del techo colgaba una cadena y de ésta, una pesada bola de piedra. Alguien movió aquella bola y cuando quisieron darse cuenta, ya era tarde.

La cadena, con movimiento pendular y llevando la pasada bola de piedra en su extremo, golpeó la cabeza de Michel, que cayó al fondo del sótano.

Folie gritó y bajó los peldaños casi a saltos para arrodillarse junto al joven.

—¡Michel, Michel!

La cabeza del muchacho sangraba, y parecía muerto.

Folie notó que la cogían de las manos. Cuando intentó debatirse, unos grilletes se cerraron en torno a sus muñecas, grilletes sujetos a una larga y dura vara de roble que pasaba por detrás de su espalda.

Se volvió y descubrió a sus amigas.

—¡Justine, Perle!

Ambas la miraban con terrible frialdad. Semejaban zombies; no eran ellas mismas, en realidad. Vestían túnicas negras y llevaban los cabellos sueltos.

En el centro del sótano se encendieron unas gruesas velas colocadas en viejos candelabros de pie que iluminaron una losa plana y alargada.

—Vamos, Folie, al altar de los sacrificios.

—¡No, nooo! —gritó.

Pero Justine y Perle, que ahora parecían tener una fuerza extraordinaria, cogieron la vara a la que estaba sujeta Folie y la arrastraron hasta la piedra de los sacrificios, obligándola a tenderse en ella.

—¡Estáis locas, soltadme!

Justine y Perle se movían con la mirada perdida, pero sin duda sabían muy bien lo que tenían que hacer.

—Es inútil que sigas protestando —advirtió una voz grave, acercándosele—. Ellas me obedecen, están bajo mis poderes.

Folie inclinó la cabeza para mirar hacia atrás y descubrió al mago Tnan vestido con sayal negro. Llevaba el rostro oculto por el antifaz rojo brillante, pero la joven supo inmediatamente quién estaba detrás.

—¡Monsieur Daurrié!

El se rió sordamente.

—De nada te va a servir que me hayas descubierto. Tú vas a ser la víctima del sacrificio para la ceremonia de reencarnación.

—¡Está loco, loco! —gritó Folie—, ¡Justine, Perle, no le hagáis caso!

El mago Tnan rió más sonoramente; su carcajada halló ecos en el maldito sótano donde se conservaban los dos anillos tumulares druidas cuya existencia y significado todos ignoraban.

—Tú serás la víctima del sacrificio, Folie. Ellas dos serán poseídas por mí cuando mojen sus cuerpos con tu sangre, cuando yo haya mordido tu corazón todavía palpitante. Una de ellas tendrá un hijo en el que yo me reencarnaré, y seguiré viviendo en él al morir yo, que ya soy viejo y mi corazón falla. Abandonaré este cuerpo caduco cuando mi propio hijo nazca del vientre de Justine o Perle. Así ha sido a lo largo de los tiempos, y así continuará siendo. Hacía falta una víctima, y tú has venido sola al lugar mágico de los druidas, a mi templo. Las mentes de Justine y Perle han estado luchando por salvarte y salvarse ellas, pero ahora ya son mis esclavas y me ofrecerán su cuerpo en esta ceremonia, porque yo necesito un hijo para seguir viviendo. Mi espíritu pasará a él.

Justine y Perle sujetaron las piernas de Folie al túmulo y el propio monsieur Daurrié, también conocido por el mago Tnan, la prendió por los cabellos con una mano, mientras mostraba una larga y extraña daga de afilado corte. La acercó a las ropas de la muchacha y las cortó con gran facilidad.

—¡Socorro, auxilio! —gritó Folie, con un alarido estremecedor.

Sus hermosos pechos, su abdomen, quedaron al descubierto. Sintió el frío húmedo, y la punta de aquella daga empleada para el rito se acercó a su cuerpo por debajo de las costillas.

—Abriré tu cuerpo, arrancaré tu corazón palpitante y lo morderé para…

La pesada piedra en forma de bola y colocada al extremo de la cadena, volvió a desplazarse en su movimiento pendular entre el bosque de columnas que sostenían el techo, y dio de lleno en la nuca del supuesto sacerdote druida, que estaba decidido a llevar a cabo el sacrificio humano.

Su cabeza estalló, abriéndose. La daga resbaló sobre al cuerpo desnudo de Folie, cortando su piel superficialmente. La sangre asomó rápidamente mientras la cabeza del mago Tnan, caída sobre el vientre de la joven, también sangraba abundantemente.

La piedra, tras romper la cabeza, pasó de largo y golpeó entre dos de los troncos, quebrándolos. Se produjo un fragor amenazador y los dos pilares cayeron, golpeando otros que también crujieron.

—¡Michel, Michel!

Michel corrió hacia Folie, apartándola del altar de los sacrificios donde cayó uno de los pesados troncos pilares que terminó de aplastar el cuerpo de monsieur Daurrié. Mientras, Justine y Perle seguían quietas como esperando órdenes.

Michel, todavía aturdido y ensangrentado, utilizó sus manos y su rodilla para romper la vara de roble y facilitar así los movimientos de Folie. Mientras, el techo iba cediendo. Era como las fichas de un dominó: unas columnas hacían caer a las otras.

—¡Justine, Perle! —gritó Folie.

Parte del techo se hundió, sepultando a las dos muchachas.

—¡No podemos hacer nada por ellas; hay que huir!

Corrieron hacia la escalera y subieron velozmente por ella siempre pegados a las paredes mientras el teatro se hundía sobre los menhires colocados en dos círculos, uno dentro del otro.

No podían escapar. Todo al patio de butacas y el escenario se hundían… y también caía el techo, falto de sostén. Fuertemente abrazados, se pegaron contra un grueso muro.

Michel le quitó los grilletes de las muñecas mientras el teatro se desplomaba en medio de un gran fragor. Vigas, ladrillos y cascotes caían junto a ellos.

Cuando todo terminó, aún se conservaban en pie tres paredes maestras, y ellos quedaron junto a una de ellas, esperando que los bomberos fueran a rescatarles. No había forma de salir, ya que habían quedado sostenidos por un saliente de viga. Debajo tenían una acumulación de cascotes de cinco metros de profundidad y frente a ellos la destrucción total.

—¡Dios mío! —gimió la muchacha.

—No temas, ese misterioso y maligno personaje ya no volverá a reencarnarse.

Conservaba la llave en su mano, se la mostró a Folie, y después la arrojó al montón de cascotes, donde desapareció. Afuera comenzaban a resonar las sirenas de la policía.

F I N